

El capitán Mar y el secreto de los tres retratos

Leo Gardua



El capitán Mar y el secreto de los tres retratos

Capítulo 1

De lo acontecido años atrás

Frente a su cara blandieron espadas idénticas a modo de despedida, la clase había finalizado. El gobernador depositó su arma en una panoplia sobre la chimenea, tomó un lino blanco y secó su rostro. El maestro enfundó con la misma suavidad con la que se toca un violín.

Los candiles danzaban tiñendo de calidez cada rincón de la mansión. La gobernadora atravesó la puerta de roble. Su hijita, de pelo pajizo y paso de ratón, la seguía con una bandeja con dulces.

—¡Padre, os traemos pastas!

—Gracias —respondió cogiendo una—, no olvides convidar a nuestros huéspedes.

El maestro de esgrima aceptó el ofrecimiento. Su hijo, un chiquillo pequeño de pelo oscuro, también tomó una. Ambos agradecieron el dulce.

—¿Está buena, Mario? —preguntó el maestro.

El crio asintió con un tímido movimiento de cabeza.

—Bueno, hijo: es hora de tu lección.

El chiquillo terminó de un bocado la pasta, se levantó como un rayo y trajo dos pequeñas espadas de madera. Padre e hijo jugaron unos instantes con ellas. El maestro no se ocupaba a fondo, dejando que el niño llevase la delantera provocando el regocijo del gobernador y su familia, hasta que sus espadas giraron y quedaron confrontadas hacia el suelo.

—Te pillé —exclamó el maestro.

—No si hago esto... —aseguró el muchacho; pero antes de que pudiera comenzar el contrataque, el padre le tenía acorralado.

Salieron de la mansión, había anochecido. Caminaban por la penumbra del poblado cuando oyeron unos pasos tras ellos. El maestro se detuvo, aguzando el oído.

—¿Qué sucede, padre?

—No sé —Los pasos se detuvieron—. Continuemos.

Atravesaron estrechos callejones empedrados, en cuya humedad se reflejaba la luna.

—¡Eh, tú! —profirió una voz a sus espaldas.

—¿Es a mí?

—¿A quién diablos iba a ser si no? —contestó un tipo enjuto y desarrapado—. ¿Tú no eres el que enseña espada?

—Así es, ¿y quién sois vos? —inquirió aferrando el mango de su arma.

—Alguien, al que dirás donde tienes el oro —respondió mientras descubría una pistola.

—¿Qué oro?

—¡Maldita sea! No te hagas el listo conmigo.

—Os daré mis dineros si queréis, pero... —Buscó lentamente la bolsa.

—¡Ni te... —Disparo—... menees!

El maestro de esgrima se apoyó en un muro con la mano en el pecho. Estaba sangrando.

—¡Confiesa donde está el oro, o ten por seguro que pasaré a cuchillo al maldito chico! —ladró el bandido sable en mano.

El padre desenfundó su espada de mango plateado con inesperada certeza. Los aceros chocaron dos veces, la tercera estocada del maestro bordeó el rostro del desarrapado cercenando su oreja izquierda, que cayó en el empedrado.

—¡Ah! —rugió el salteador soltando su arma para llevar la mano donde antaño estaba la oreja.

Los vecinos, alarmados, ya se asomaban a ventanas y balcones, y el malhechor se dio a la fuga.

El maestro de esgrima se apoyó de nuevo en la pared y, poco a poco, se dejó caer hasta posarse en el suelo, cubriendo con la mano la herida.

—¡Padre...!

—Así es la vida Mario. Esto no pinta bien. Ahora, debes ser valiente.

El chiquillo rompió a llorar, mientras el padre pretendía mantener el sosiego.

—Mario, ten presente siempre lo mucho que te quiero, a ti y a tu madre.

—¡Padre...!

—Esta es la única verdad de la lucha: tarde o temprano alguien acaba derrotándote.

Durante el entierro, Mario se apretaba a su madre.

Sobre la tumba descansaba la inconfundible espada de su padre, con una doncella labrada en la plata de su mango, cuyo guardamano asemejaba un mantón que partía de los brazos en cruz hasta el pomo en forma de pies.

Un caballero pelirrojo se acercó a ellos.

—Sé que no es un consuelo, pero hemos arrestado al asesino: un tal Robert... Al no tener oreja, le reconocieron con facilidad. Realizará trabajos forzados hasta el fin de sus días. Ahora debéis rogar a Dios y mirar adelante por el bien de Mario. Sabéis que Julia y yo estamos a vuestra disposición.

Los gobernadores y su hija les presentaron sus condolencias. El niño caminó hasta la tumba, se puso de cuclillas y acarició el montículo. Entre lágrimas asió la espada. La hija del gobernador le siguió y, en un intento de consuelo, posó la mano sobre su hombro.

Capítulo 2

Confesiones de cómo me hice pirata

Saludos, me llamo Juan de Vega, y deduzco que no tendría más de doce años cuando comienza mi narración. La iniciaré en Isla de Plata, la víspera de mi ahorcamiento. La isla debía su nombre a los filones del preciado mineral que se encontraban allí de cuando en cuando. Durante una época, esta y otras islas vecinas fueron zona de paso para todo tipo de embarcaciones que transitaban del viejo mundo a las Indias. El territorio pertenecía a la corona de España, lo que atraía a los piratas ingleses como los candiles a las polillas.

Allí se encontraba la fortaleza del gobernador Carivan, un déspota rollizo y malencarado, que junto a su mezquino jefe de guardia me empujó hasta el calabozo. Cerraron la puerta y me miraron con odio bajo sus pelucas mientras me voceaban:

—¡Te lo preguntaré por última vez chico! ¿Dónde está el Demonio de Mar? ¿Dónde está mi retrato?

—¡No lo sé! Ya os lo he explicado.

—Ya veremos si mañana la cuerda te refresca la memoria... ¡Tú te lo has buscado, mocoso!

Durante horas sollocé, hasta que recibí la visita de un amojamado sacerdote.

—Ave María Purísima —recitó.

—Sin pecado concebida —respondí.

—Hola, hijo.

—Hola padre, agradezco vuestra visita, aunque últimamente no he ido mucho a la iglesia —dije mientras el sudor rodaba por mi pellejo.

—Bien hijo, si te parece, descansaré en este taburete, junto a tu celda, para que puedas acoger el sacramento de la confesión. Carcelero, si no os importa, alejaos para guardar el pudor de este muchacho.

El guardia acató.

—No sé muy bien cómo comenzar, padre.

—Veamos... ¿Cómo un mozalbete de tu corta edad ha llegado a esta situación?

—Es un asunto un tanto enredado.

—Dispongo de todo el tiempo del mundo —respondió con calma.

—Verá, salí del orfanato hace cosa de tres años y pasé tanta hambre que, desesperado, llegué a apropiarme de lo ajeno para subsistir. Pronto me conocían en mi ciudad y tuve que marcharme. Me colé de polizón en un balandro llamado Aurora. Escondido en su bodega oí unos gemidos lastimosos. Me acerqué y descubrí varios negros encadenados, que al verme, pidieron a gritos auxilio. Uno de ellos, que hablaba nuestro idioma, me explicó que les habían secuestrado. Formaron tanta bulla, que enseguida me descubrieron. El capitán del Aurora, un tipo de barba cana,

pretendió a tirarme por la borda, pero un joven fuerte y moreno se apiadó de mí y quiso pagar mi pasaje. De su blusa roída sacó una moneda de oro para atraer el interés del capitán, y tras un largo regateo, el joven pagó una importante cantidad para salvarme.

—¿Ves, hijo? A veces, Dios encamina sus ángeles hacia nosotros.

—¿Un ángel...?, no sé si le juzgaréis igual cuando concluya mi historia. Veréis, durante el viaje el misterioso bienhechor no reparaba en desembolsos: comíamos y bebíamos cuanto se nos antojaba. Cerca de nuestro destino, divisamos una embarcación con bandera pirata. El capitán voceó para que nuestra nave virara el rumbo, pero el timón estaba amarrado con una cuerda y varias estacas. Como el barco pirata se aproximaba, nuestra tripulación pretendió tomar posiciones de defensa, pero no pudieron alcanzar la sala de cañones, pues los saboteadores se habían hecho con el control de la misma atrancando la puerta. Todos los marinos útiles tomaron posiciones con sus mosquetes, cubriéndose con la borda de estribor. De repente, dos de los que me habían parecido nobles y mi harapiento benefactor sacaron una pistola en cada mano y apuntaron a la tripulación, pillándoles de espaldas y desprevenidos.

—¿Tu camarada ayudó a los piratas?

—Era uno de ellos. Cuando nos abordaron, se hizo con el mando. Se acercó al antiguo capitán y a los comerciantes, recobrando a punta de pistola sus dineros y lo que él llamó "sus rentas", es decir, todas las monedas y joyas que encontró: sólo respetó las posesiones de los comerciantes humildes. A partir de entonces, fue el nuevo capitán del Aurora. Consintió que la antigua tripulación del balandro se marchara en los botes de emergencia con abastecimientos suficientes como para llegar a tierra, excepto el capitán, que rememorando lo que pretendía hacerme, lo arrojó por la borda a patadas, sabiendo que llegaría a nado a uno de los botes. Una nueva tripulación de hombres rudos provenientes del barco pirata se enroló junto a él, apodándole capitán Mar. A mí me ofrecieron quedarme a vivir a bordo, y al no tener dónde ir, acepté. A los africanos también les ofertaron ser parte de la tripulación, pero prefirieron marchar. A las pocas semanas les liberamos en una isla, para entonces ya éramos amigos, especialmente de uno llamado Ajani, que conocía nuestro idioma.

—Ese capitán Mar, ¿no será por ventura, el apodado Demonio del Mar?

—El mismo, pero no es un hombre cruel como se dice. Le apodaron demonio por su destreza con las armas; pero os aseguro que aunque no siempre respete la ley, es un hombre de principios.

—Y dime hijo, ¿por qué te han encausado?

—Hace poco desvalijamos uno de los palacetes del gobernador Carivan. Nos apoderamos de un cuadro que debe ser muy valioso y seis barricas de vino. Nos bebimos cinco de ellas y las colmamos de agua de la playa. Bajé por mi cuenta a intentar vender los seis barriles como buen vino, dando de muestra el único que no nos habíamos trincado: me prendieron cuando creí que iba a cerrar el trato.

—Está bien, ya he oído suficiente. Escúchame, hijo: como penitencia, mañana, antes de morir, implorarás perdón por tus faltas al gobernador Carivan.

—Me temo que el gobernador dista mucho de ser un alma piadosa.
—Esta penitencia no la he ideado yo, la ha ideado el Marqués.
—¿Quién dice?
—El Marqués. ¿Acaso te codeas con muchos Marqueses?
—No, sólo con uno pero...
—¡Pues ya estás al tanto de quien es! Ego te absolvo in nomine Patris
et Filii et Spiritus Sancti —resolvió mientras hacia la señal de la cruz.
—Amén.

Capítulo 3

El día de mi ahorcamiento en Isla de Plata

Las luces del alba blanqueaban los muros de la fortaleza. Soldados de casacas azules, calzones blancos abolsados y sombreros negros, patrullaban por parejas.

La muchedumbre se fue congregando para ver la ceremonia de la horca. Todo estaba preparado.

Cuando emergí al patio, atado y rodeado por una decena de soldados, la chusma rugió. Me arrojaron huevos malolientes, lechugas babosas y otra fruta podrida. El verdugo terminó de empujarme hasta el patíbulo.

Los tambores redoblaron y el orondo gobernador Carivan se asomó al balcón donde solía contemplar este tipo de sucesos. Una trompeta tocó varias notas.

—Juan de Vega —sentenció la áspera voz de un oficial—, se os ha hallado culpable del delito de hurto y piratería, lo cual, en esta isla, es sancionado con la pena capital. ¿Una última declaración?

Dudé si hacer caso al cura, no deseaba mostrarme acobardado. Al final me decidí: pretendí gritar, pero apenas me arranqué con un hilo de voz.

—Imploro la clemencia del gobernador.

La muchedumbre rio y sus caras se volvieron hacia el gobernador Carivan, que con gravedad contemplaba la situación.

—¡Eh...! Bueno, yo... Carlos Carivan... —farfulló sudoroso—, gobernador y terrateniente de esta isla..., haciéndome eco de tu petitoria, y refugiándome en la sagrada magnificencia... y en tu corta edad... ¡Ah! ... y en la falta de evidencias... Te otorgo la libertad sin cargos. Además, para enmendar los daños que hemos podido originar, te haremos entrega inmediata de un caballo para que marches en libertad y...

Los soldados, atónitos, ni siquiera se movieron de su sitio. Carivan saltó en el balcón vociferando:

—¡Cumplid mis órdenes con presteza!

La muchedumbre reventó en abucheos ante el fin del espectáculo, pero se contuvo a la hora de arrojar objetos al gobernador por temor a los soldados.

Un guardia me ofreció vacilante un caballo. El jefe de guardia, engalanado con su traje azul y peluca castaña, miró al gobernador, que reafirmó con el gesto su orden. Monté en el caballo y desaparecí como alma que lleva el diablo.

El jefe de guardia era un hombre menudo y entrado en años, pero con aspecto solemne. No paraba de especular razones por las que me podría haber liberado el gobernador, todo aquello era muy sospechoso. Subió a todo correr las escaleras en busca de una aclaración. Iba tan rápido, que tropezó con uno de los mayordomos, tirando una tetera vacía y varias tazas. Cuando llegó al balcón, halló al gobernador rígido, pálido y

sudoroso; sus ojeras estaban aún más marcadas que de costumbre.

—Señor, ¿por qué habéis indultado al reo?

—¡Psss! No chillas —susurró el gobernador—. Rápido, ¡están tras las cortinas!

El jefe de guardia retrocedió con desconfianza, desenfundó la espada y dio varias estocadas temerosas a los cortinajes sin resultado alguno; poco a poco, los exploró por completo.

—Aquí no hay nadie.

—¡Estaba ahí! Debí escalar por el rosal durante la noche. Era el mismísimo Demonio de Mar. Esa rata me amenazó con una pistola, me hizo despedir con disimulo a los guardias y, después, me obligó a indultar a su amigo. Tendrías que haberlo sospechado, ¡estúpido! Me pregunto por qué mi padre te dio la jefatura.

El jefe de guardia se asomó al balcón y escudriñó todos los rincones de la fortaleza hasta que vio algo extraño: el mayordomo con el que se había topado se dirigía con urgencia a una de las salidas montado a caballo.

—¡Cerrad las puertas y apresad a ese hombre! —gritó mientras le señalaba.

Los soldados, tras escuchar la orden, pretendieron darle caza, pero ya era demasiado tarde: su caballo se precipitaba al galope por la portezuela. Algunos guardias dispararon en vano, otros intentaron seguirle, pero les llevaba ventaja.

Carivan se giró hacia el jefe de guardia.

—Esto no va a terminar aquí —berreó—. Ese mamarracho puede darse por muerto. Llama a ese hombre..., a Robert.

—¿A quién señor?

—Al pirata.

—¿Al Buitre?

—Sí, a ese. No dice que tiene vigilada la región. ¿De qué me sirve pagarle, si estos canallas se burlan de mí en mi propia casa?

Cuando Mar alcanzó el Aurora, yo ya había embarcado. Algunos piratas vitorearon al verle. Se me acercó y me miró de arriba a abajo.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, creo —respondí intentando contener las lágrimas.

Ojeó la decena de desarrapados, de distintos colores y variopintas nacionalidades, que junto a nosotros conformaban la tripulación.

—En marcha —exclamó—. Soltad amarras, levad el ancla, abrir las velas. Vayámonos tan pronto como podamos —Después se volvió hacia mí—. Y, tú, ve a mi camarote. Cuando pongamos agua de por medio, ajustaremos cuentas.

Tras dar las órdenes precisas, Mar entró en su aposento: un pequeño cuchitril sucio, que contaba con un par de cuadros, un escritorio, una cubeta, un candil y un catre. Yo le aguardaba.

—¡Te ordené que no bajaras del barco! ¿Entiendes cómo he tenido que arriesgarme para liberarte? ¡Llevo toda la noche escondido en el balcón

del gobernador Carivan!

—Jack dijo...

—¡Me da igual lo que dijera Jack! Él haría cualquier cosa por dos piezas de a ocho. A él le di mi consentimiento para desembarcar, no a ti. ¿No te das cuenta de que te puso a comerciar para que te pescasen a ti si algo salía mal? Esa idea de vender vino era ridícula.

—Lo lamento mucho.

—¿Se puede saber en qué pensabas cuando bajaste?

—Pensé que si ganaba el dinero...

—Si conseguías el dinero, ¿qué?

—Que dejarías de tratarme como a un crío.

— ¡Es que aún eres un crío!

—Sólo pretendía ser como el resto de la tripulación.

—¿En verdad quieres ser como Jack, o como Antonio?

—No.

—Pues no te comportes como ellos.

Poco a poco, se fue sosegando al verme escarmentado.

—Está bien, supongo que para ti también habrá sido duro.

—Pensé que iba a morir, hasta que el cura me habló del "Marqués".

Cuando oí "Marqués" supe que era un mensaje tuyo.

—No era un mensaje mío, fue de él —respondió señalando a su pequeño chucho—. ¿Verdad, Marqués?

El perro ladró, y al fin, sonreímos y me miró a los ojos.

—Quizás tengas razón y ya no seas un crío: procuraré tenerlo en cuenta. Además, esta vez te has comportado como un hombre no desvelando la posición del barco.

—No podría haberlo hecho, la desconocía. He venido aquí porque es el único sitio de la isla que conozco.

—Bien, pero no se lo comentas al resto de la tripulación, así te tendrán en más estima, te dará reputación. Sabes que algunos consideran de mal fario llevar a bordo a alguien tan joven como tú.

Se volvió hacia un lado, dando la conversación por zanjada, pero de nuevo llamó su atención:

—Hay algo que no me encaja. El gobernador Carivan me hizo muchas preguntas sobre el cuadro. Preguntó cuántos retratos teníamos y si sabíamos dónde está el oro, ¿qué oro?

—Está bien, Juan. Probaré a tratarte como un hombre, pero no me decepciones, ¿entendido? —Afirmé con la cabeza— Hay ciertas cuestiones que no puedo detallar a la tripulación. Todos están aquí por dinero, no lo olvides. Algunos son demasiado codiciosos, ¿comprendes? Yo les necesito, y a ellos les va bien conmigo; pero hay que tener mucho ojo, si se ponen al corriente de lo del oro, se volverían locos y serían capaces de cualquier cosa por él, y eso no lo voy a permitir.

—Pero tú puedes ordenar lo que quieres que hagan, eres el capitán.

—Juan, Juan —respondió sonriendo—, parte de la tripulación me encuentra un capitán débil, les complacería sustituirme. Antonio, el calvo, ya era un alentador de motines en mi antiguo barco. Mi anterior capitán celebró quitárselo de encima.

—La verdad, es que siempre se está quejando.

—Todos están a la espera de dinero. De hecho, nadie quería arrimar el hombro para salvarte. Si no fuese por las piezas de a ocho que les he prometido, se habrían largado sin nosotros. Así que, ya sabes, no digas ni una palabra o tendremos problemas.

—Pero, no se lo puedo...

— ¡A nadie!

—A... nadie...

—¡A nadie! O todos lo sabrán antes de pisar el próximo puerto.

¿Entendido?

—Entendido: a nadie.

—Ahora que conoces mi secreto, me acompañaras a Isla Jardín.

Capítulo 4

Cómo ponen precio a nuestras cabezas

Ese mismo día, el jefe de guardia mandó llamar a Robert Zan, más conocido como el Buitre.

Llegó al anochecer: delgado pero enérgico; ojos lucidos y crueles; fino bigote, pelo oscuro y largo, tez soleada y duras facciones. Con vestido y sombrero negro y pañoleta roja como cinto, portaba pistola, espada y puñal. De su única oreja, colgaba un pendiente de oro en forma de lágrima. Su sola presencia despertaba inquietud entre los guardias. Su contramaestre, un tipo fuerte de grandes bigotes, horrenda dentadura y dos pistolas en el refajo, le acompañaba.

Subieron las escaleras hasta las estancias del gobernador, que se encontraba devorando un enorme pavo.

—Señor, ha venido el capitán Robert Zan —anunció el jefe de guardia.

—Pasad —exclamó el gobernador volviéndose hacia el Buitre—, ¿os apetece cenar conmigo?

—Me temo que mis modales no estén acordes con vuestra mesa.

—Bien, ¿cómo va nuestro trato?

—¡Viento en popa, señor! Sabeis que soy un hombre de palabra, ¿verdad contramaestre?

El bigotudo asintió con la cabeza y una sonrisa estúpida.

—¡Eso está muy bien! Si seguís así, dentro de poco tendré una isla más. ¿Os ha explicado mi jefe de guardia lo de ese mocoso?

—Ha dicho que me pagará treinta monedas de plata por la cabeza de un tal Juan de Vega.

—Sí, es un simple niño, pero quiero su cabeza. ¡De mí no se burla nadie! ¿Puede hacerlo?

—Por supuesto, gobernador. ¿Acaso alguna vez he fracasado en vuestros encargos?

—No, y por tu bien no lo hagas. Aparte, os ofrezco cien monedas por capturar vivo al Demonio de Mar. ¿Sabéis de quien os hablo?

—El tipo que capitanea el Aurora, ¿verdad? Eso os costará trescientas monedas de plata, dicen que es un pájaro duro de pelar.

—¡Esta bien, serán trescientas! Pero deberéis recobrar intacto el retrato de mi madre que me robaron esos dos piojosos.

—¿Un retrato? ¿Cómo sabéis que aún lo conservan?

—Lo sé, ellos conocen el aprecio que le tengo. Y de nuestros negocios...

—Podéis estar tranquilo, como os he dicho soy un hombre de palabra: destruí las naves acordadas.

—Bien, estoy impaciente por que todo esto termine. Espero que no me decepciones. Recuerda que si no llega a ser por mí, aún estarías pudriéndote en mis minas. Puedes retirarte.

Pero el Buitre no se movió una brizna.

—¿Y bien? —inquirió el gobernador.

—Al Demonio de Mar será fácil reconocerlo, pero me sería muy útil alguien que haya visto a ese tal Juan y al retrato de su madre. Yo no sabría distinguirlo. Además, me gustaría que ese individuo tenga la potestad de liquidarme el dinero cuanto concluya mi parte del trato.

—¡Uhhh..., tienes razón! Sólo hay un soldado capacitado para reconocer al reo y al cuadro: mi jefe de guardia, que vaya con vos. Él os podrá pagar en cuanto concluyáis vuestro trabajo.

El jefe de guardia balbuceó:

—¿Ir con Robert? Lo tendría que deliberar con mi mujer.

El gobernador Carivan se incorporó.

—¿Quieres seguir poseyendo hogar y salario para tu señora? —amenazó con voz contundente e irónica—. Pues no rechistes.

El jefe de guardia asintió mirando al suelo. El Buitre, tras una reverencia, abandonó la mansión mascullando:

—¡Maldito gordinflón de los demonios! Algún día, te enseñaré lo que es bueno.

El contraamaestre sonrió asintiendo.

Capítulo 5

Ladrones en la mansión de Isla Jardín

Isla Jardín lucía tan vistosa como de costumbre. Hacía honor a su nombre con abundante y cuidada vegetación.

Mar y yo bajamos del Aurora ataviados de mercaderes ambulantes y, siguiendo un cuidado camino de piedras, llegamos al pueblo. En las ventanas se agolpaban flores de colores que olían a hospitalidad.

Tras dar un par de vueltas, nos dedicamos a la venta de baratijas. La mañana pasó sin una sola ganancia. Cuando el reloj de la plaza daba las doce, me acerqué a Mar para advertirle:

—Creo que has puesto los collares demasiado caros.

Me hizo callar con un gesto, mientras atendía a las campanadas.

—Mejor —respondió—, así no nos incomodarán los lugareños.

Cuando el reloj dio las doce y media, y yo me encontraba más que aburrido, una muchacha vestida de blanco, rubia y gallarda, se acercó a las baratijas de Mar. Tras estudiar los collares, le miró a la cara.

—Te conozco. ¿No has venido antes por aquí?

Mar encogió sus hombros sin articular respuesta.

La muchacha fijó sus ojos verdes en las baratijas y exclamó:

—¡Tus collares son más caros que los del resto de comerciantes!

—Es que los míos son auténticos —respondió Mar sonriendo.

—¿Auténticos? ¡Auténticas engañifas! —replicó—. Soy Inés, la hija del gobernador, y no me agrada que haya estafadores en mi mercado.

—Yo no engaño a nadie, cada cual es libre de comprar donde quiera.

La muchacha respondió con una mirada de reprobación.

—Eres un mal ejemplo para el chico —añadió señalándome. Después, se perdió entre el gentío.

Mar se encogió de hombros, me miró y sonrió.

—Supongo que tiene razón en lo del mal ejemplo —concluyó—. Algún día tendrás que buscarte un lugar donde vivir honradamente.

Pasamos el resto del día almorzando, remoloneando y deambulando de un lado a otro. Cuando los isleños pernoctaban, Mar sacó varios utensilios: una larga cuerda con un triple garfio en su extremo, unos ganchitos a los que llamó ganzúas, un cuchillo viejo, una piedra negra y una pistola.

Nos acercamos a la mansión del gobernador. Justo cuando el reloj dio las doce de la noche, arrojó el gancho contra la fachada del edificio, pero no se sujetó y casi nos golpea en la cabeza al caer. Con precipitación, hubo un segundo intento más afortunado, ya que se aferró a una de las estatuas de la parte superior de la fachada. Tiró varias veces, para verificar que estaba bien amarrado.

—Si no recuerdo mal, estamos debajo de la sala del retrato —afirmó.

—¿Has estado ya en la mansión? —pregunté extrañado.

—Primero subiré yo, luego tú, si puedes.

—¡Claro que puedo! —refunfuñé.

Trepó por la cuerda y, cuando llegó al piso de arriba, se acomodó en la amplia repisa de un ventanal. Entonces ascendí yo: con las piernas atrapaba la cuerda, mientras que con los brazos iba subiendo, tal y como me habían enseñado en el barco. Pese a mi buena técnica, llegué jadeante.

Al llegar a la repisa, observé un cerrojo en la ventana que imposibilitaba la entrada.

—Tendremos que buscar otro sitio por donde pasar —sugerí.

Mar arrimó la mano al pequeño cerrojo y poco a poco, el hierro se movió al otro lado de la ventana hasta que se abrió. Quedé impresionado al ver semejante poder.

—¡Es imposible!

—No, si tienes esto en la mano —aclaró mostrándome la piedra negra—. Se llama imán, y atrae algunos metales.

Abrimos la ventana con sigilo y entramos al edificio. Mar sacó los ganchitos de su bolsillo, los introdujo en la cerradura de una puerta y los removió. La puerta se abrió y accedimos a una habitación iluminada por la luna. Parecía un largo comedor con muchas puertas a los lados y una gran mesa en el centro rodeada de elegantes sillas.

Se acercó al cuadro de una mujer que colgaba sobre la chimenea. Inspeccionó alrededor de él, para cerciorarse de que no había ningún hilo ni mecanismo que alertara a los dueños.

—Todo está en orden —susurró—. Guarda sigilo y todo saldrá bien. ¡Es pan comido!

Cuando levantó el cuadro con ambas manos, un cristal cayó desde la parte posterior del mismo, creando un gran estruendo al romperse en mil pedazos.

Al instante todas las puertas de la sala se abrieron, y en cada una de ellas apareció un puñado de guardias apuntándonos con pistolas y mosquetes. Mar, sobresaltado, llevó la mano a su pistola, pero no la sacó del cinto; yo, atemorizado, levanté los brazos como señal de rendición.

—No malgastéis vuestras vidas, caballeros —nos aconsejó un señor de pelo blanco y rica bata encarnada—. Os estábamos esperando. Si os viene a bien conversar conmigo, entregad las armas y acompañadme. Por cierto, si deseáis esa pintura, os la regalo. Aunque me temo que no es la que buscáis.

Mar sonrió y permitió que le desarmasen con gesto dócil. Seguimos al hombre que nos condujo a otra pomposa estancia similar a la que nos encontrábamos, pero una planta más arriba. Había una mesa llena de comida: pan, queso, carne, pucheros... Nos hizo una señal para que tomáramos asiento, cosa que acogí con agrado, ya que las piernas aún me temblaban del susto.

—¡Serénate, muchacho! —me aconsejó Mar, descansando su mano en mi hombro.

El hombre realizó otro ademán para indicar que podíamos empezar. Pese a mis nervios, comí a dos carillos. Mar, más contenido, no cató nada

de momento.

—Permitidme presentarme, me llamo Arturo Duarte. Soy el gobernante de Isla Jardín, y vos, si no ando mal encaminado, sois el afamado Demonio del Mar.

—Preferiría que me llamaseis capitán Mar. Este es Juan, el más fiero de mis hombres —añadió mientras me guiñaba un ojo.

Hice una pequeña reverencia. El gobernador, tras sonreírme, reanudó su charla.

—Bien, capitán Mar, no penséis que solemos tratar así a todos los ladrones, pero me parece tan inverosímil que os hayáis enterado de nuestro... secreto. Pero si habéis venido hasta aquí a robar un cuadro después de haber sustraído otro en la fortaleza de Carivan, es evidente que no es por azar. Permitidme una cuestión indiscreta, ¿cómo ha llegado a vuestros oídos la historia?

—Bueno, todos guardamos secretos.

Mar se aproximó a una panoplia ornamental que colgaba sobre la chimenea: un escudo cruzado por una espada. El arma tenía un mango de plata, con la figura de una mujer grabada en él.

—¿Os gusta la espada? —preguntó el gobernador Arturo.

—Me resulta familiar.

—¿Habéis visto a su hermana? —Los ojos del gobernador brillaron clavándose en Mar—. Hace tiempo, dos de estas espadas se forjaron con los mismos adornos, las dos hermanas las llamábamos. Si me procuráis la otra espada, por medios honestos, os pagaré... ¡Vaya! Por un momento olvidé la situación de mis finanzas... Esa espada me traería gratos recuerdos. Pero volvamos a lo nuestro: decid capitán Mar, ¿qué es exactamente lo que conocéis?

—Sé que existen tres retratos que, unidos, muestran la ubicación exacta de una isla donde se encuentra el Alma de Sevilla y parte de su oro, si no se lo ha llevado nadie aún.

—Es una larga historia que, si me permitís, os desvelaré mientras cenáis: "Hace casi cien años, una nave cargada de oro partió hacia España, se llamaba el Alma de Sevilla. Nunca llegó a puerto, ya que se extravió en una zona de terribles tempestades. Cincuenta años después, otra tormenta llevó a un barco con cuatro pescadores a una isla retirada, donde encontraron la nave y su tesoro. Uno de ellos murió en la isla, así que, solo la abandonaron tres pescadores con todo el oro que pudieron cargar. Durante el viaje de retorno fueron registrando su trayectoria, creando una carta portulana de tres páginas. A su regreso cada uno se quedó con una hoja. En un principio, los tres vivieron juntos y enviaron una expedición en busca del resto del oro, pero nunca regresó. Durante este período, mi padre, que era aficionado a la pintura, dibujó tras los tres lienzos un retrato. Dos de ellos eran de las respectivas mujeres de los pescadores, en el tercero dibujó a su compañero, el que murió en la isla. Después sus rumbos se separaron, adquirieron propiedades y a día de hoy sus herederos somos los gobernantes de Isla Jardín, Isla de Fuego e Isla de Plata. Creo que aún vive el anciano padre del gobernador de la Isla de Fuego que fue uno de los pescadores que encontraron el oro".

—Os agradezco la historia —señaló Mar dando cuenta de un racimo de uvas—, pero desearía saber cuál es el propósito de contárnosla.

—Muy sencillo, capitán. Últimamente mis negocios van de mal en peor, las tempestades han hecho que mis barcos no lleguen a puerto y estoy casi en quiebra. Preciso dinero con urgencia y he pensado que quizás, si os indico la ubicación del retrato de mi madre, os comprometeréis a darme una tercera parte de las ganancias. Las necesito para pagar mis deudas y entiendo que es justo, ya que es la parte correspondiente a lo que mi padre dejó allí.

—Sin embargo, el recobrar el oro tiene un gran costo. Digamos que os doy una doceava parte, siempre que nos ayudéis con algunos soldados.

—Quinta.

—Décima, y es mi última oferta.

—Conforme, será una décima parte. ¡Pero sólo os ayudaré explicándoos donde están los otros cuadros! Tampoco marchó bien de hombres: la guerra ha llamado a filas a la mitad de mis jóvenes.

—Está bien, podré apañármelas sin sus hombres.

—Antes de daros la información, quiero que me deis vuestra palabra de que traeréis aquí mi décima parte.

—¿Desde cuándo confiáis en la palabra de un hombre de mar?

—Aseguran que sois un hombre de palabra, y vuestros ojos me lo corroboran.

—Bueno, si eso os tranquiliza, os doy mi palabra: si consigo llevar adelante esta empresa, una décima parte del oro es vuestra.

Detrás de una de las puertas gritó una voz femenina:

—¡Padre! No os fieis del Demonio de Mar.

Los guardias la intentaron sujetar, pero la muchacha se zafó irrumpiendo en la sala. Era la chica que habíamos conocido en el mercado por la mañana, y que no paraba de insistir:

—No os fieis ni una palabra. Son unos embaucadores. Apenas les digáis lo que quieren saber, saldrán por la puerta y no les volveréis a ver más. Además, es un tercio y no una décima parte lo que nos pertenece.

—Hija, no tenemos elección, estos caballeros ya poseen uno de los cuadros. Si no colaboramos con ellos, jamás conseguiremos el oro, además, una décima parte es suficiente para saldar nuestras deudas.

—Sois demasiado condescendiente, padre. Al menos mandad algunos soldados para que les vigilen.

—Apenas nos quedan un puñado de hombres para defender la isla. Quizás el tesorero...

—¡Un tesorero! No me concedéis ningún hombre de ayuda y pretendéis enviar un recaudador. Prefiero que no mandéis a nadie, ya tengo bastantes problemas como para cargar con un funcionario. Si me apodero del oro, os traeré vuestra décima parte, os lo aseguro, pero no me someteré a ningún centinela.

El gobernador guardó un momento de silencio antes de continuar:

—Me parece adecuado —afirmó alargando su mano en señal de acuerdo.

—Trato hecho —corroboró Mar, asiendo la mano al gobernador—. Bien,

habéis constituido un pacto con piratas, un deshonor; pero ya se sabe: entre el honor y el dinero, lo segundo es lo primero.

—Es posible que pactar con piratas sea un deshonor, pero más daño me hará el no poder pagar mis deudas con el gobernador Carivan.

—El gobernador Carivan —coreé recordando mi estancia en su calabozo.

—¿Le conocéis?

—En demasía —respondí acariciándome el golpe que aún se distinguía en mi sien.

—¡Ah, claro! —Dedujo el gobernador—. Os apropiasteis también del retrato de su madre. Al comienzo de nuestra crisis, cuando no retornaron los primeros barcos, nos ayudó con presteza... No imaginé que el resto de nuestra flota corriera la misma suerte. Ahora reclama el reembolso de todo lo que nos ha prestado, lo cual me es imposible: la desaparición de mi flota ha hundido las ganancias de años. Si no saldo la deuda, trasladaré el caso al Supremo Consejo de Indias y perderé esta isla. Si Isla Jardín cae en sus manos...

—Pero, padre —le interrumpió la chica— ¡Una vez más, os pierde vuestro corazón! No os podéis fiar de esta gente. Dadme un par de soldados y yo misma les acompañaré para asegurarme de que nos den lo que nos pertenece.

—¡Pero, hija, que delirio es ese! Cuando llegues a mi edad no serás tan temeraria. Confía en mí, y no hagas ninguna locura —Y volviéndose hacia Mar, continuó—. Y ahora, atended a lo que os voy a contar: mi hermana es monja de clausura en el Convento de la Sagrada Cruz, no muy lejos de aquí, en la Isla del Cuervo. Mi padre le dio el cuadro. Sé que lo conserva en su habitación, y que jamás nos lo cedería para estos menesteres. Recobrarlo será sencillo, pero por favor, no hagáis daño a mi hermana.

—Os lo prometo.

—El tercer cuadro se encuentra, como seguramente ya sabéis, en Isla de Fuego. Aunque tengo la sensación de que sabéis más de él de lo que yo os puedo ayudar.

—Una cosa más, gobernador: preciso algo de dinero para la manutención de mi tripulación, un par de bolsas servirán.

Arturo asintió con gesto doloroso:

—Como os he dicho, actualmente no tengo fondos, pero esperad a mis mensajeros en el muelle, os aportaré lo que pueda... ¡Atiende, pirata! —añadió mientras le trababa el brazo clavándole la más seria de las miradas—. Mi situación es desesperada.

Inés, hosca, con el ceño fruncido y los brazos en jarras, no paró de poner reparos hasta el último instante.

Finalmente, Mar y yo marchamos hacia el barco.

Capítulo 6

Una noche movida

Mar expuso a la tripulación que debíamos aguardar por un dinero y se metió en su camarote. Tras un buen rato, irrumpí para advertirle. Estaba profundamente dormido.

—¡Capitán, ha venido la muchacha!

Cuando despertó, escuchó alboroto y gritos en cubierta. Al asomarse medio dormido por la portilla, se topó con Inés, la hija del gobernador de Isla Jardín, que blandiendo una espada se protegía de la tripulación. Los hombres la azuzaban y gritaban cosas del estilo de “tira la espada, y ven conmigo”, “¡Cuidado no te pinches!”...

Algunos piratas la hostigaban con estocadas. Ella las paraba y retrocedía, hasta que, ante un brutal ataque coordinado por parte de dos piratas, se defendió, partiendo la nariz de uno de ellos con el mango de la espada y llevando el filo al cuello del otro. La tripulación rugió a la expectativa, pero un disparo al aire acabó con el espectáculo.

—¿Qué griterío es este? —preguntó Mar con la pistola humeante en la mano.

—Ha traído el dinero, pero se negaba a abandonar el barco —explicó Antonio, el pirata calvo al que aún amenazaba la muchacha espada en cuello.

—¿Y por qué no me lo habéis notificado?

—¡No quería bajar del barco! Y pensé...

—¡Pues no pienses tanto! —le regañó—. ¿Dónde está el dinero?

—¡Aquí está! —exclamó Jack, el barbudo, exhibiendo una tela repleta de monedas.

—¿Habéis venido sola?

—Han tirado a mis dos soldados al agua. Huyeron para salvar la vida, pero pronto regresarán con refuerzos.

—No deseo una escaramuza con vuestros hombres, partiremos antes de que vuelvan. Está bien, señorita, bajad la espada —Y tras esperar a que, indecisa, depusiese el arma, continuó—. Aunque aprecio vuestro valor, debo insistir en que abandonéis mi nave.

—¡Ni loca! No os voy a consentir que... —Mar gesticuló con disimulo para silenciarla. Ella, sin comprender muy bien que pasaba, se calló—. Os advierto que si me dejáis en tierra avisaré a mi tía para que no podáis robarla el cuadro.

Mar se detuvo meditabundo.

—Está bien, pasad a mi camarote. Seréis mi invitada.

Los piratas gruñeron al unísono, pero como siempre, fue Antonio el que se adelantó para refunfuñar:

—Yo también querría tener invitadas, pero no podemos enrolar mujeres en los barcos, está en contra de lo acordado.

—Es una mujer, pero desde luego lucha mejor que tú. Quizás debí dejar que acabara contigo —respondió secundado por las burlas de la tripulación—. Será un trecho corto, y la necesitamos para el siguiente trabajo.

—Ya nos impuso al niño —añadió señalándome—. ¡Una mujer ya es demasiado!

—Como capitán, yo dispondré si es demasiado no —aseguró Mar de malos modos, y empuñando su espada sin desenfundar continuó—. Esta noche hemos conseguido dinero, ahora, zarparemos rumbo al Islote del Cuervo y luego a Isla de Fuego. Allí os finiquitaré mejor aún de lo convenido: cincuenta piezas de a ocho por cabeza —Los piratas rumorearon asombrados—, pero para ello, hay que acarrear con la señorita sin ocasionarla el menor daño, ¿conformes?

—¡Señor! —se entrometió Jack con el dinero en mano—. A mi entender, creo que no es bueno tener una mujer a bordo, pero si me prometéis otra como esta —añadió agitando la talega de las monedas—, os garantizo que no me importaría cargar con el mismísimo Lucifer.

Los piratas le secundaron con gruñidos. Después se dispersaron, dejando sólo a Antonio.

Mar abrió la puerta del camarote invitándola con un gesto. Inés entró de mala gana. Una vez dentro, cerraron la puerta y Mar se llevó un dedo a la boca.

—¡Estáis loca! —le susurró con tono de chillido—. ¿Cómo se os ha ocurrido venir?

—Es el dinero de mi padre. ¡Me pertenece!, y no pienso consentir que nos lo robes —respondió iracunda.

—¿Ah, sí?, y cómo lo vais a evitar, peleando sola contra toda la tripulación.

—¡Si es necesario, así lo haré! No subestiméis mi sable por el mero hecho de que sea una mujer. Os acompañaré por el oro, y si es preciso, acabaré con toda vuestra tripulación para llevarme mi décima parte.

—Debería arrojaros al agua ahora que aún estamos cerca de la orilla.

—Si lo hacéis os aseguro que...

—¡Ya sé, ya sé! Avisaréis a vuestra tía para que no pueda robarle el cuadro. Ya veremos mañana, cuando el enojo se os pase y os despertéis en mitad de mi tripulación, si seguís pensando que ha sido una buena idea el venir. ¡Recordad, no puedo aseguraros vuestra seguridad a bordo!

—¡No necesito vuestro resguardo!

—¡Claro que lo necesitáis! Si os saltáis las normas los hombres os pasarán por la quilla... ¡o algo peor! Una cosa os ha de quedar clara, mientras viváis en este barco yo soy el capitán. Acataréis mis órdenes o seréis arrojada al mar; y mis normas son las siguientes: permaneceréis en esta habitación y no tocaréis nada. Si os veo husmeando, buscando los otros cuadros o poniendo nerviosa a la tripulación, iréis al mar.

¿Entendido?

—Entendido.

—Pernoctaréis en mi catre, a mi lado, y no saldréis sola de la habitación.

—Ahora veo vuestras auténticas intenciones —aseguró recelosa.

—No os preocupéis, me comportaré como un caballero, pero si mi ofrenda no es de vuestro gusto, podéis buscar otro rincón donde dormir —añadió mientras se tumbaba.

Inés buscó donde sentarse, pero tras quitar un par de telarañas y no encontrar un sitio mínimamente limpio, se rindió al catre. Mar la miró con cara de conformidad mientras se despojaba de las armas: depositó la pistola bajo el almohadón y colocó la espada a un lado. Inés contempló el arma, reconociendo la empuñadura de plata.

—¡Es la otra hermana! La espada que busca mi padre.

—Así es.

—¿Y por qué no le avisasteis de que la teníais?

—No todo lo de este barco está en venta, señorita. Pero será mejor que no mencionéis el valor de mi espada a la tripulación. ¡Ah!, y muy importante: suceda lo que suceda, no habléis del oro ¿entendido?

—¿Vuestra tripulación no conoce la historia del oro?

—¡Por supuesto que no la sabe! Y por nuestro bien, conviene que continúe así. Vamos a dormir.

Inés permaneció con los ojos abiertos, observando cada crujido. Al poco, con un leve grito, avisó al capitán, que miró a todos lados sin encontrar nada.

—¿Qué sucede?

—¡Hay algo ahí!

—Es Marqués, mi perro.

Marqués asomó el hocico al oír su nombre.

—¿Un perro? Es diminuto.

—Sé de sobra como es. Dejadme dormir ya, mañana debemos madrugar: hay mucho que hacer.

Capítulo 7

Embrollo en el convento

El convento de la Santa Cruz alzaba sus muros sobre el más rocoso de los acantilados de Isla del Cuervo, cerca de una aldea.

A media mañana Inés se acercó acompañada de una monja corpulenta que tapaba sus facciones bajo la cofia y sus propias manos, como si estuviera en constante oración. Tocaron la campanilla de la puerta y unos pasos se acercaron. Se abrió un pequeño agujero en la madera por donde se vieron los ojos de una de las hermanas.

—Ave María Purísima —saludo la portera.

—Sin pecado concebida —contestó Inés.

La portera miró a la otra monja, en espera de la contestación.

—¡Eso, eso! Sin pecados —cantó la monja corpulenta con voz ronca.

La portera hizo una mueca de reprobación.

—Y bien... —inquirió de mala gana—, ¿qué demandáis de nuestra humilde morada?

—Vengo a saludar a mi tía.

—Nuestra orden solo consiente visitas en festividades. Lo lamento.

El portillo se cerró de golpe.

La monja corpulenta cuchicheó algo al oído de Inés y tocaron de nuevo la campanilla.

—¿Qué queréis ahora? Os advierto que en el convento no hay ni lugar ni comida para nadie más.

—Verá hermana, mi padre, el gobernador de Isla Jardín, anhelaba hacer una generosa ofrenda al convento. Aunque no sé si disponéis de tiempo para atenderme ahora...

Rápidamente se cerró el agujero por donde se veían los ojos de la hermana. Inés miró a Mar bajo su estúpido disfraz de monja, pensando que había fracasado el plan. Estaban a punto de darse la vuelta cuando el ruido de la madera dejó adivinar el desatracar de un cerrojo. Se abrió la puerta y apareció la hermana sonriendo.

—Una donación, ¡alabado sea el Señor! ¿Por qué no lo dijisteis antes? Pasad, pasad, os conduciré ante la madre superiora.

Apretaron el paso hasta un cuidado jardín enclavado en un claustro de dos pisos.

—Así que, aquí es donde vive mi tía. ¿Cuál es su habitación?

—preguntó Inés intentando no darle importancia.

—Aquella puerta de allí —señaló la hermana—, en el segundo piso.

Mar, tras atender la indicación, se disculpó agudizando su voz pretendiendo parecer una mujer:

—Adelantaos, vuestras mercedes. Yo preciso hacer de vientre.

—Para eso, dirigíos a la cuadra. Tras aquellos portones.

Mar anduvo hacia la cuadra, pero en cuanto Inés y la portera se

alejaron, subió la escalera y merodeó la puerta de la tía. Miró a ambos lados para cerciorarse de que nadie le observaba y entró.

Nada más cerrar la puerta, su mirada se cruzó con la de una rolliza y bigotuda hermana que vestía camión. La monja, al verle, gritó a pleno pulmón. Mar saltó como un rayo y le tapó la boca. Sacó la pistola y ordenó que no se moviese ni chillase. Sin soltarle la boca, registró la estancia. Aprovechando su distracción, la monja mordió con todas sus fuerzas la mano de Mar, que con un aspaviento se zafó.

—¡Guarro! ¡Depravado! —gritaba la hermana— ¿Por qué deshonras esta santa casa?

—¡Callaos o disparo! —amenazó sin convicción, mientras le temblaba la voz y la mano.

—¡Serás borricazo!

La hermana soltó una interminable tunda sobre Mar, que intentaba cubrirse con los brazos. Uno de los guantazos llegó a golpearle en la cabeza y cayó al suelo arrastrando un biombo que dejó al descubierto un pequeño escritorio sobre el que se encontraba el retrato. Mar soltó la pistola y lo cogió con rapidez.

—El cuadro de mi madre. ¡Ladrón!

Mar abrió la puerta, dispuesto a salir de la habitación, pero la hermana le cogió del cuello del hábito con una mano, mientras que con la otra le pegaba tremendos cachiporrazos.

—¡Socorro! —clamaba la monja.

—Socorredme mejor a mí —se quejaba Mar—. Señora, que me ahoga.

Mar se revolvió, y la monja se quedó con el velo en la mano, liberándolo, pero dejando su rostro al descubierto. Intentó bajar por las escaleras, pero había ya una gran cantidad de beatas cortándole el paso, gritando:

—¡Un hombre! ¡Un hombre!

Las campanas del monasterio repicaron con urgencia.

Mar retrocedió sobre sus pasos y, a un palmo de él, se encontró con la rolliza hermana. Esta vez era la monja la que, empuñando la pistola, le apuntaba a la cabeza.

—¡Devolvedme el cuadro de mi madre!

—Lo necesito una temporada, después os lo devolveré. Lo siento, hermana.

—Yo no soy tu hermana.

La monja cerró los ojos y apretó el gatillo, pero sólo consiguió un "clic". Mar sonrió:

—Nunca vendría a un convento con un arma cargada, hermana.

Se abrazó a una de las columnas del claustro y se deslizó por ella hasta el patio. Corrió hacia la salida, sorteando a las monjitas que salían a su paso, llegó a la puerta, quitó el cerrojo de madera y huyó a la calle.

Un tropel de aldeanos se acercaba para averiguar qué ocurría. Mar, antes de toparse con ellos, se cubrió la cara como pudo con los hábitos que le quedaban.

—¿Qué sucede, hermana? —preguntó uno de ellos, hoz en mano.

—Nada, nada... Es que hemos visto un ratón.

—¿Cómo que un ratón?

—Sí, muy grande.

—Para organizar este jaleo, debe de ser como un toro.

—¡Un momento! —interrumpió otro vecino desconfiado—. Ese atavío no es el del convento. ¿Qué tipo de monja es usted?

—¡De las que corre! —respondió Mar mientras huía ladera abajo.

Los aldeanos se apresuraron tras él. Alertados por las voces, otros lugareños se unieron a la persecución.

Cruzó la aldea y su mercado, y casi logró librarse de sus persecutores hasta que tropezó con una carreta llena de naranjas, que hizo que de nuevo la atención recayera sobre él. Apretó su carrera, pero llegó a un abrupto acantilado, allí terminaba la isla. Miró unos instantes el fondo del mar, escudriñando las rocas. Dio la vuelta y corrió hacia los aldeanos. Justo cuando el tumulto le iba a atrapar, volvió a girar hacia el acantilado, tomó carrerilla y saltó. Durante unos segundos, sus gritos se oyeron en el aire. Después, se sumergió en el agua y nadie pudo ver si había emergido.

Al rato, apareció en el barco chorreando, disfrazado de monja y con el cuadro en la mano.

—Soltad amarras a toda prisa, abrid velas, levad el ancla —ordenó—. ¡Nos vamos!

Los piratas estaban atareados preparando la marcha, cuando Inés apareció en la distancia galopando a caballo.

—¡Rápido! —repitió Mar.

El barco zarpó, pero Inés no aflojaba el trote. Ya estaba a un par de brazas, cuando el caballo irrumpió en el Aurora de un salto.

—¿Cómo has podido hacerme esto? ¡Me querías abandonar! —aseguró indignada—. Por un momento confié ti: ¡Qué tonta he sido! Nos traicionarás, a mí y a mi padre.

Los piratas se carcajaban de la situación, excepto Antonio. Atracamos para descargar el rocín, momento en el que Mar llevó a un lado a Inés:

—No vengas con nosotros —le pidió—. Aunque no lo creas, intento protegerte.

—¡No me marchó! Sé lo que tramas. Ahora que te he facilitado en cuadro de mi abuela, pretendes abandonarme.

Capítulo 8

Navegando entre fantasmas

Mar aún discutía con Inés cuando Jack, el barbudo, interrumpió:

—Capitán, se acerca un galeote con bandera pirata. Es, es... ¡el Buitre!

—Maldito —masculló Mar mirando al galeote—. ¡Preparad los cañones!

Zarpamos con presteza, pero la nave del Buitre se acercaba inexorable. El galeote no era un gran barco, pero era más grande que el Aurora. De aspecto abandonado, su bandera mostraba un buitre bebiendo de una copa roja sobre dos calaveras. Sus compuertas laterales se elevaron empujadas por cañones, y se oyeron varios zambombazos que nos pasaron rozando.

—Capitán, sus cañones ya nos alcanzan —gritó un mestizo—, y desde aquí, nuestros morteros no llegarían ni a mitad del trayecto. Nos tienen atrapados por la costa. O rendimos la nave, o nos hundirán.

—¡Situad al Aurora de frente al Galeote! Sus disparos son principalmente laterales. No podrán acertarnos a traviesa —Después añadió entre dientes—. Prefiero morir, a rendirme ante el Buitre. Algún día le ajustaré cuentas...

Dirigimos así al Aurora, mientras no cesaban los cañonazos.

En el galeote, el capitán Robert, el Buitre, conversaba con el jefe de guardia y con Miguel, su timonel: un tipo bajito, con anteojos y pelo rubio y rizado.

—Bien, bien, son avispados. En la actual disposición del Aurora, nuestros cañones no les atinarán. Miguel, mantened el rumbo recto. ¡Y vosotros, seguid disparando para retenerles! Les capturaremos vivos y no lastimaremos vuestro precioso cuadro, ¿verdad? Espero por tu bien, artista —advirtió el Buitre al timonel—, que me satisfaga tu labor, o ya sabes qué consecuencias tendrá —sentenció pasando su dedo índice por la garganta.

El jefe de guardia contempló indignado la escena, pero prefirió mirar a otro lado.

—Capitán —interrumpió el contramaestre bigotudo—, el Aurora vira hacia la costa: se arriesgarán a maniobrar entre las rocas. Es un barco pequeño y quizás lo consiga.

—¡Maldita sea! Nosotros no podemos seguirlos con nuestro galeón. ¡Artista! Retírenos del litoral y aguarde a ver hacia donde se dirige —ordenó alejándose con el catalejo para otear la maniobra.

El jefe de guardia se dio la vuelta sobresaltado, alguien le agarraba por el hombro. Era Miguel que con una mano sujetaba el timón y con la otra le agarraba.

—¡Ayudadme! El capitán Robert me tiene secuestrado...
—¡Dejadme en paz! Vuestra situación con Robert no es asunto mío.
—Pero, ¡vos sois un caballero! Podríais pedir ayuda en la primera isla en la que desembarquéis. Mi familia es muy influyente, os puede...
—¡Os repito que me dejéis en paz! Tengo órdenes. En lo que a mí respecta, el capitán Robert es un aliado. No son de mi incumbencia vuestras contrariedades con él.

Mar había cogido el timón.

—Estáis loco —chillaba Inés—. Nos habéis metido en el litoral: ¡Vamos a encallar!

—Tranquilizaos, no es la primera vez que lo hacemos... aunque quizás sea la última —añadió en voz baja.

—De aquí no salimos —se lamentó Antonio.

Mar nos miró con el ceño fruncido y aseguró:

—Este barco es tan ligero, que puede navegar con este calado.

—¡Capitán, la nave del Buitre ha virado! —anunció Jack.

—Bien, continuaremos entre las rocas, no nos podrán alcanzar.

—Pero, capitán, si seguimos por este camino, nos quedaremos atrapados en el arrecife. Todo el que conoce la zona sabe...

—Eso es cosa mía.

El Aurora navegaba entre los rompientes con arriesgadas maniobras. En ocasiones, las rocas rozaban la embarcación que gemía roncamente, aunque no hubo ningún daño apreciable.

Inés miraba intranquila al capitán, que para tranquilizarla, le guiñó un ojo.

—Si logramos llegar al otro lado de la isla, no nos alcanzarán. Su navío es mayor, y por tanto, más lento. Una vez salgamos a océano abierto, les perderemos de vista: tenemos el viento favor.

Una roca rechinó al rozar con el barco. Mar ordenó buscar y reparar las posibles averías. Poco rato después, llegamos a lo que parecía el final de las rocas, y como el capitán había previsto, navegamos sin divisar a nuestros persecutores.

La climatología cambió: primero llovió con ganas; luego, suave; y a la caída de la noche, se tornó en espesa niebla.

Avanzábamos con precaución, pues aún nos encontrábamos peñascos de cuando en cuando. Mar estuvo en todo momento pendiente.

En mitad de la noche, Inés salió del camarote y se acercó al timón.

—¡Tu perro corretea por la habitación y no me deja dormir!

—¿Marqués? Si lleva toda la noche conmigo —aseguró señalando al diminuto chucho.

—¿Entonces qué era lo de ahí dentro?—preguntó con asco.

Mar se encogió de hombros y respondió:

—En el barco hay ratas.

—¿Ratas? ¡No pienso regresar hay dentro! Además, este ambiente tiene algo que no sé...

—Barco a babor —gritó Jack, y en voz baja añadió—, y por el amor de Dios, qué barco.

Los marinos de cubierta se apresuraron a verlo. Algunos, recién levantados, se restregaban los ojos y maldecían; los menos, empuñaron sus armas.

—Es un barco fantasma —aseguraban.

Me acerqué a mirar: envuelto en la niebla, el barco navegaba con parte del casco tronchado. En su cubierta, un esqueleto de sombrero negro y plumón blanquecino nos miraba con sus cuencas vacías.

El temor se contagió entre los hombres, y debo confesar que un desagradable cosquilleo erizó mi piel.

—¡Bajad el ancla! Voy a inspeccionarlo —ordenó Mar.

Los hombres refunfuñaron.

—¡He dicho que bajéis el ancla! —Miró a Inés y preguntó— ¿Quieres venir?

—No tengo intención de pisar ese barco —aseguró asustada.

—Escucha, Jack —prosiguió Mar—, si no retorno antes del amanecer podéis marcharos; pero si alguien intenta marcharse antes, pegadle un tiro. Ya sabes que si yo no vuelvo, no conseguiréis el dinero que os prometí al llegar a Isla de Fuego, y es nuestra próxima parada.

Después se acercó a mí y me tendió su pistola. La acepté sin saber qué decir, me espantaba acompañarle.

—Voy contigo —aseguré intentando impresionarle.

—Gracias, Juan, pero prefiero que cuides el barco. No me gustaría que me dejasen solo en ese cascarón. Mantén los ojos bien abiertos y no pierdas de vista a Antonio. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Tomó un farol, se montó en el bote y remó hasta la embarcación cercana. Permanecí tembloroso con la pistola. Jack, el barbudo, suspiró.

—Si le pasa algo, adiós dinero.

La expresión de tristeza ambiciosa hizo que Inés y yo nos mirásemos. Creo que en esa mirada, nació nuestra amistad, aunque ella tardaría aún un tiempo en confiar en mí.

Cuando Mar alcanzó su destino, observó el malogrado barco encallado en una de las rocas del arrecife. Se apoyó en la borda para subir, pero la madera cedió a su peso en mitad de la operación, y con un traspié tuvo que apoyarse en el esqueleto de sombrero de plumón, que se mantenía en pie gracias a una cuerda. Maldiciendo por el golpe, observó cómo posiblemente el desventurado se ató a sí mismo cuando le fallaron las fuerzas, para poder otear el horizonte hasta el último momento en busca de una ayuda que nunca llegó.

—¿Qué hace? —preguntó Jack al mestizo, que miraba con un catalejo.

—Creo que está hablando con los fantasmas, hasta le ha dado un abrazo a uno.

La tripulación se quedó sin palabras.

Mar inspeccionó el barco con cuidado, ya que la madera cedía y las piernas se le hundían, de tal forma, que una de las veces estuvo a punto de ser engullido por uno de esos agujeros. Accedió a las estancias que aún permanecían a flote, las examinó, cogió varios documentos e inspeccionó el diario de bitácora.

Volvió a cubierta con el libro bajo el brazo. De nuevo sorteó la madera podrida hasta que llegó junto a los esqueletos. Cogió el sombrero negro de plumón blanco, sacudió el polvo del mismo, se lo puso y subió al bote.

Cuando regresó al barco, los piratas le miraban con estupor.

—Ya podemos irnos —dijo al instante de pisar la cubierta.

Antonio estaba en el suelo con las manos en la cabeza, Inés lo apuntaba con su arma.

—¡Ha intentado amotinarse! —voceó—, pero Jack, Inés y yo lo hemos impedido.

—Muy bien Juan. Antonio, ya conoces las normas, aunque por ahora no haré uso de mi derecho, y no te ejecutaré. Quedas relegado de tu parte del botín y viajaras atado hasta que lleguemos a puerto.

Tras las órdenes pertinentes, pusimos rumbo a Isla de Fuego, donde se encontraba el tercer retrato.

Mar entró en su camarote y estudio el diario de bitácora que había traído. Al rato, se levantó y llamó a Inés, que ya se movía entre nosotros como uno más.

—Creo que han tendido una trampa a tu padre.

—¿A qué te refieres?

—He sacado información del barco que he visitado: iba a Isla Jardín por encargo de tu padre. El patrón del navío sospechaba de una conspiración para perseguir y destruir a vuestros barcos.

—Pero eso es un disparate: ¿quién desearía perjudicar a mi padre?

—No lo sé, pero fue el Buitre el que hostigó a este barco. El capitán sabía lo que significaba la copa roja en la bandera del Buitre: que no toman rehenes. Optaron por huir entre las rocas, pero no tuvieron tanta suerte como nosotros.

—¿Entonces...?

—Él es de los piratas más vivaces de por aquí, así que no es de extrañar que sea el causante de muchas de las fechorías de la zona, pero...

—¿Pero qué?

—Pero es chocante que según el capitán persiga a todos los barcos de tu padre. Lo tiene que hacer con alguna finalidad.

Capítulo 9

Los tres retratos

Al atardecer siguiente divisamos Isla de Fuego. Se llamada así por ser un enorme volcán, que aunque ya no echaba fuego, seguía calentando manantiales de agua. Su tierra era negra como la ceniza, y desde el Aurora se podía vislumbrar su forma de cráter montañoso modificada por la vegetación y las pequeñas y abundantes casas.

—¿Cómo robarás esta vez el retrato? —preguntó Inés con tono censorador.

—Lo he meditado mucho, y creo que de nuevo me acompañaras. No quiero dejarte sola en el barco, y menos ahora que nos persigue el Buitre.

—¡Ni lo sueñes! No te asistiré en tus pillajes ni una sola vez más.

—Piensa en tu décima parte —se mofó Mar.

Inés asintió con la cabeza. Mar por su parte, se limitó a sonreír y llevó un trozo de pan a Marqués, cogió la pistola, su espada de mango plateado, los cuadros robados y su nuevo sombrero negro de pluma blanca. Salió a cubierta, llegábamos al puerto. Golpeó el sombrero de plumón creando una gran polvareda, se volvió a la tripulación.

—Volveré con más dinero —afirmó.

—Te esperamos —respondió Jack—. Por cierto, ¿qué hacemos con el paquete?— añadió señalando a Antonio.

—No lo descarguéis aquí. No quiero encolerizar al gobernador.

—¿Quieres que te ayude? —pregunté.

—Sí —contestó mientras me llevaba a un lado para susurrarme—, necesito que te quedes en la orilla, junto a los guardias. Si ves aparecer el barco del Buitre, corre a buscarme, ¿entendido?

Asentí con mi cabeza. Mar alargó la mano hacia Inés y la ayudó a bajar. Una compañía de guardias se acercó a ellos y les pidieron que les acompañasen, ellos obedecieron. Inés frunció el ceño preocupada, pero se calmó al ver que Mar seguía alegre. Llegaron a un palacete. Los guardias les custodiaron hasta una gran escalinata de mármol e hicieron un gesto para que subieran.

Ascendieron hasta un rico salón, donde les esperaban dos guardias, un mayordomo y un caballero de unos cincuenta años: pelirrojo, con pelo largo, perilla y vestido con una elegante capa bermeja.

—¡Capitán Mario! Llevo mucho tiempo aguardando este momento—exclamó el pelirrojo mientras desenfundaba su sable.

—Gobernador Joaquín. He acudido lo más veloz que he podido —contestó Mar empuñando su espada de mango plateado.

Comenzaron a luchar en mitad del salón. Sus aceros chocaron repetidamente, hasta que Mar empujó al gobernador, que cayó tirando una mesa. Al instante se levantó con una ágil voltereta, y volvieron a chocar las armas varias veces hasta que las espadas confrontaron.

—Te estás volviendo viejo —le advirtió Mar.

—¡No podrás conmigo ni a los cien años!

Mar giró su espada sobre el arma de su contrincante, que salió volando y se clavó en un sillón dorado y rojo desparramando sus plumas.

—Ríndete —ordenó Mar.

—Ni lo sueñes —contestó el gobernador asiendo con gesto torero un largo tenedor de trinchar carne y el mantel de la mesa que habían derribado, mientras el resto de cubiertos caían por el suelo con gran alboroto.

Los contrincantes se miraban con fiereza y daban vueltas por la habitación. De repente, entró una enjuta y distinguida señora:

—¡Joaquín, Mario! Tendría que haberlo sospechado cuando oí el primer estruendo. ¡No acaba de venir el niño, y ya la habéis montado! Te debería dar vergüenza, Joaquín. Cómo has puesto el salón.

—Pero mujer, llevo mucho sin ver al chico... —se excusó el gobernador.

—¡No hay peros que valgan! Y tú, Mario, vete a cambiarte. No quiero verte con ese aspecto desarrapado. ¡Y saca de aquí ese sombrero! Está lleno de mugre.

—Ahora mismo, señora —respondió Mar.

—Pero antes, ven y dame un beso.

Mar obedeció, dando un beso a la gobernadora ante el pasmo de Inés. Después, le dio un cariñoso manotazo en la espalda al gobernador, que fue correspondido con una mirada de complicidad referente al enfado de la gobernadora. Tras indicar a Inés que esperase allí, salió de la habitación.

La gobernadora dio una ojeada a la muchacha.

—Veo que al fin, Mario se ha echado novia. Soy la gobernadora Julia, ¿cuál es vuestro nombre?

—Me llamo Inés, y no soy su novia, yo sólo...

—Bueno, a mí me da igual lo que seáis, siempre y cuando os comportéis en esta casa de forma decente.

Inés negó con la cabeza, pero antes de poder explicarse, la iracunda gobernadora había salido de la habitación.

Al rato, Mar apareció totalmente cambiado: con el pelo recogido, afeitado, con una camisa blanca impecable y unos elegantes pantalones. Inés observó sorprendida la transformación. El gobernador y Mar caminaron hasta una habitación, ella les siguió. Antes de entrar, el gobernador preguntó:

—¿Ella viene con nosotros? ¿Está enterada?

—Es la hija de Arturo Duarte, de Isla Jardín —respondió Mar—. He hecho un trato con ellos, les prometí la décima parte del oro.

El gobernador asintió con la cabeza, y los tres entraron en un amplio despacho con una mesa llena de manuscritos.

—¿Traes los otros dos retratos? —preguntó el gobernador.

—Te dije que no volvería sin ellos... aunque me ha costado años.

El gobernador se volvió hacia un espejo colgado en la pared. Cogiéndolo de su marco dorado, lo movió y descubrió una caja fuerte. Tras mover el repiquetear la rueda hacia un lado y otro, la abrió, buscó en su interior y extrajo algo de ella.

—Toma, Mario, aquí esta, tal y como te prometí. Me quito un peso de encima al entregártelo —aseguró mientras le enseñaba el retrato de un hombre joven con barba, que vestía un delantal bordado en rojo con la cruz de Santiago.

—El cuadro del cuarto pescador —exclamó Inés—. Al que mataron en la isla.

—Es el cuarto pescador, pero nadie le mató, jovencita —corrigió el gobernador con voz grave—. Era un gran amigo de mi padre, aún nos habla de él.

Mar giró el retrato para observar el mapa dibujado en su revés. Colocó junto a él los otros dos cuadros y los estudió. El gobernador observó las tres cartas de navegación atónito:

—¡Aquí no hay quien se aclare! Además, una de las cartas está emborronada.

—Tuve que saltar al agua.

—¿Al agua? ¿Metiste uno de los retratos en agua?

—Ya te lo contaré otro día, ahora dejadme solo: tengo que estudiar la trayectoria que realizó el barco.

El gobernador salió e invitó a Inés a sentarse en una pequeña mesa. Ella, ofuscada, obedeció, pero pronto comenzó a increparle.

—¡Así que fue usted él que le desveló la historia del oro! No tenía derecho a hacerlo, la tercera parte de ese oro pertenece a mi padre: nos ha traicionado.

—Yo no he traicionado a nadie, jovencita, ni he desvelado el secreto del oro a Mario. Él lo supo antes que yo, y por si no lo recuerda, legalmente, el oro sigue perteneciendo a la corona española. Así que, escuchad: no sois quien para juzgarme ni reclamar nada, y menos en mi casa. Parece que no habéis heredado el buen carácter de vuestro padre.

El gobernador dio media vuelta y se fue. Al rato, Mar salió del despacho con un papelucho garabateado, lo dobló y se lo guardó en un bolsillo.

—Acompáñame, Inés, te voy a presentar a alguien.

Ascendieron una escalera hasta otro pasillo con una puerta blanca. Mar llamó con suavidad y entraron en una coqueta habitación de adornos dorados. Había dos mesillas y una cama donde descansaba un chupado y pálido viejecillo.

—¡Hola, señor Joaquín! —saludó Mar.

El viejo abrió los ojos.

—Hola, Mariete, ¿cómo te encuentras?

—Muy bien.

—¿Has conseguido...?

—Sí, tengo los tres, y creo que he rehecho la ruta que hicisteis. Debí ser Isla Coral, la que avistasteis en primer lugar, aunque no es seguro.

—Es posible, pero aun así, te aconsejo que no vayas. Allí luchamos contra la peor tempestad de toda nuestras vidas —el hombre abrió unos ojos como platos—. Nuestro barco ascendía y bajaba sin cesar. La zozobra era tan fuerte, que tu abuelo cayó por la borda. Tu abuelo, que bondadoso era tu abuelo...

—¿Tu abuelo era uno de los pescadores? —preguntó Inés.

—Sí, pero nunca le llegué a conocer.

—Nunca lo olvidé —prosiguió el viejo—, de hecho mandamos gente para buscarlo, pero el océano se los comió a todos. Eso, o hallaron el oro y huyeron. Aunque no lo creo, mandé a gente honrada, una pena. No me has presentado a tu amiga, es muy linda.

—Me llamo Inés, soy la hija del gobernador Arturo, de Isla Jardín.

—¡Ah! El pequeño Arturito ya tiene hijas. Yo traté más con tu abuelo. Era un pícaro —añadió entre risas.

—Señor Joaquín, mi destino me espera. Volveré pronto —aseguró tomando la mano del anciano.

—Eso espero. Ten mucho cuidado.

Bajaron hasta el salón donde los gobernadores conversaban sentados a la mesa. Al verlos, la gobernadora se levantó y preguntó:

—¿Sabes lo de los chicos? —Ante el gesto negativo de Mar, la gobernadora prosiguió—. Se han enrolado en el ejército.

—Pensaba explicártelo durante la cena —intervino el gobernador Joaquín—. Hace unas semanas, estalló la guerra. Por lo visto, un príncipe austriaco ha atacado a nuestros aliados franceses. Un consejero del virrey nos solicitó gran parte de nuestras embarcaciones, y los chicos decidieron capitanearlas. De momento no tenemos noticias de ellos.

—Sabía que la guerra estaba próxima pero...

—Quizás también sea un buen momento para ti —añadió el gobernador.

—¿Qué quieres decir?

—La corona española está dando patentes de corso a cambio de su apoyo en la guerra. Con tus ahorros podrías comprar...

—¿Unirme yo a la Armada Real?

—Recapacítalo, si lo haces no tendrás que huir de las autoridades. Yo mismo puedo influir en el comandante de marina.

—Muy mal me tengo que ver para participar en una guerra —al ver el gesto dolido de la gobernadora, intentó corregir—: Lo siento, no quería...

—Sé lo que pretendes decir —contestó afectada—. Yo no quería que mis hijos fuesen a luchar, pero ellos lo han decidido. ¿Te quedarás a cenar?

—Lo siento, debo irme. Hay un barco que nos busca.

—¿Un barco?, ten cuidado —advirtió Joaquín con seriedad—. He oído rumores de que el gobernador Carivan ha contratado a un pirata para atraparte.

—Eso explicaría el ataque del Buitre —respondió Mar.

—El Buitre —exclamó la gobernadora—. Es el que mató a..., al maestro de esgrima de Isla Jardín.

—El maestro de esgrima —se sorprendió Inés—. Cuando yo era pequeña venía a mi casa a dar lecciones a mi padre.

—Sí —intervino el gobernador—, cuando vivía en Isla Jardín, le atacó el Buitre. En el combate, el maestro le cortó una oreja antes de morir, por eso le capturamos. Le condenaron a pasar el resto de sus días a trabajos forzados. Creo que terminó en las minas de plata del gobernador Carivan. El maestro de esgrima nunca tuvo igual con la espada, pero el Buitre le

disparó a traición. Sé lo que estás pensando Mario, pero no, no lo hagas. Procurad no toparos con él. No es bueno enfrentarse a alguien de su calaña, no tiene piedad. Te he enseñado todo lo que sé sobre la lucha, pero ese hombre es muy peligroso. Usa la cabeza y no sólo el corazón.

—Te aseguré que algún día... —intervino Mar—. ¡Un momento! Entonces, el Buitre nos perseguía porque le había contratado el gobernador Carivan. Él prestó dinero al gobernador Arturo y si a través del Buitre boicotea sus barcos, en poco tiempo podrá expropiarle por impago.

—¡Tengo que avisar a mi padre! Cariván está detrás de todo.

—Pero —objetó Joaquín—, eso es sólo una conjetura. No podéis acusar al gobernador Carivan sin pruebas, o seréis vosotros quienes vayáis a prisión.

Durante un momento pensaron en silencio.

—Tengo el diario de bitácora de un barco que atacó el Buitre —recordó Mar—, aunque eso no creo que baste.

—El libro que me disteis a leer no basta —concluyó Inés—, son las elucubraciones de un capitán, pero no prueba la relación del Buitre con Carivan. Seguiremos adelante, buscaremos el oro y cuando esto termine, volveré y ayudaré a mi padre.

—Ya he cargado los caballos con tu dinero —anunció el gobernador—, tal y como me pediste.

Se despidieron entre las mil recomendaciones de cautela de la gobernadora.

Cuando llegaron a la puerta de la mansión, Mar se volvió hacia Inés:

—Por última vez, te pido que te quedes. Aquí estarás bien, te pueden llevar con tu padre si lo deseas. Si vienes conmigo, ya no habrá marcha atrás y tengo la impresión de que la búsqueda será dura y peligrosa. Si nos alcanza el Buitre... Te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para traerte tu parte del oro. Confía en mí.

—Mi padre confió en ti, no sé si con buen criterio, pero he venido a asegurar mi parte del oro y llegaré hasta el final. De nada puedo ayudar a mi padre sin pruebas.

—No quiero que te pase nada —insistió Mar.

—Lo sé.

Ambos se clavaron la mirada hasta que un par de guardias aparecieron con los caballos. De camino al barco, Inés no paraba de preguntar. Mar permanecía callado.

—¿Qué esperabas, que hubiese nacido pirata? —respondió finalmente—. Con este dinero compraremos una embarcación nueva, más pequeña aún. Navegaremos sólo con algunos hombres de mi confianza. Dejaré el Aurora en manos de Jack.

—¿Cómo debo llamarte ahora, Mario o Mar?

—Llámame como quieras, al principio la gente me llamaba Mario, pero los hombres pronto lo acertaron a Mar. Cuando gané a mi antiguo capitán en un duelo, algunos me pusieron el mote de Demonio de Mar.

En cuanto subieron al barco, me acerqué a ellos.

—¡Capitán! No os había reconocido con esas ropas.

—¡Juan, Juan! El hábito no hace al monje, como quedó demostrado en el Islote del Cuervo —añadió guiñando un ojo a Inés.

—No me lo recuerdes. Mi tía no me volverá a hablar en su vida.

—¡Oh! Tu tía... Aún me duele la cabeza —aseguró mientras se pasaba la mano por la sesera—. Por cierto, como os prometí, he traído: ¡dinero!

La tripulación gritó de alegría. Jack saltaba y aplaudía como un niño, el resto, se agolpaba para ver el botín.

El Aurora puso rumbo hacia el Sur, hacia una dirección que sólo el capitán conocía.

Esa noche, mientras Mar dormía, Inés le observó envuelto por la luna llena. Se acercó y le besó la frente.

Continuará...

Capítulo 10

Galopando por desfiladeros

Pasaban los días, y la tripulación seguía sin saber el rumbo que llevábamos. Antonio, maniatado en mitad del barco, había entablado de nuevo amistad con algunos hombres. A la semana, el capitán indicó la necesidad de repostar en Isla Coral.

El Amanecer atracó en el puerto de un bullicioso poblado. Mar desató a Antonio, que se perdió enojado tierra adentro. Dedicamos el resto del día a reunir provisiones y distraernos por las cantinas y locales cercanos. Al anochecer, los hombres cantaban y bebían. El capitán se puso en el centro de cubierta, junto a Inés y a mí, y comenzó un brindis:

—¡Compañeros! Hemos alcanzado Isla Coral, que como sabéis es una tierra de prósperos negocios. La mayoría de nosotros ya hemos congregado el importe acordado, y creo que es momento de plantearse el...

Súbitamente, Marqués pasó corriendo entre nosotros y se precipitó al agua; al instante, tres ratas le siguieron. Intercambiamos una mirada fugaz y Mar gritó:

—¡Al agua!

Cubrió con sus brazos nuestras cabezas y nos lanzó al muelle. Mientras saltaba, vi de reojo una enorme bola de metal que arrasaba mástiles, barriles y hombres, impactando estruendosamente en cubierta.

Cuando asomé la cabeza del agua, distinguí el mugriento galeote del Buitre, que se había acercado entre las naves del muelle aprovechando la oscuridad.

Otro cañonazo dio de lleno en el mástil mayor, que arrastró lo que quedaba de la arboladura, cayendo sobre la cubierta en una lluvia de fuego.

Mientras, el Buitre dirigía todas las acciones desde su barco gritando a través de un cono de metal al que llamábamos trompeta.

—Buscad el retrato, a Juan y al Demonio de Mar, y recordad: ¡los quiero vivos!

Mar subió al muelle, me ayudó a hacerlo a mí, y entre los dos, ayudamos a Inés. Otro cañonazo impactó en uno de los laterales del Amanecer, y los tres caímos al suelo removidos por el estruendo. Cuando nos levantamos, ensordecidos y aturcidos, salimos corriendo.

El Buitre miró por su catalejo.

—¡Llevan una chica! Cogedla también, nos será de utilidad a la hora de hacerles hablar. ¡Disparad con cuidado, malditos! Si hundís el barco, os sumergiré al fondo del muelle con él.

El galeón del Buitre llegó a lo que quedaba del Amanecer y el contraamaestre gritó abordaje bajo sus gruesos bigotes. Sus desarrapados se hicieron rápidamente con el barco y los piratas malheridos que allí quedaban. Los marinos de nuestra tripulación que estaban en el agua huyeron tierra adentro.

—Vosotros, apagad el fuego y coged todos los retratos que encontréis. El resto buscad al Demonio de Mar, a Juan y a la chica —Tras un silencio, se oyó su voz en la noche—: ¡Atención, marinos del Amanecer! El que me traiga a vuestro capitán, a Juan o a la muchacha con vida, tendrá una recompensa de veinte monedas de plata.

Jack, con las manos en la cabeza, se lamentaba desde la orilla.

—Nuestro dinero, ¡se han hecho con nuestro botín!

Entretanto, nosotros habíamos emprendido la huida hacia las afueras del pueblo, seguidos por Marqués. Allí encontramos a un hombre con un tosco carro de paja tirado por dos caballos.

—Buen hombre, os compro el carro —propuso Mar.

—No puedo vender el carro, estos caballos son como mis propios hijos.

—Os daré un doblón —ofreció Mar, mostrando la moneda de oro en sus manos.

El granjero abrió unos ojos como platos, sabía que era un precio desmesurado el del apurado extranjero, así que, bajó del carro con la mano extendida hacia la moneda.

—Me parece un precio justo.

—Es mucho más que un precio justo —intervino Inés.

—Pues... ¡quedaos la moneda viejo avaro! —exclamó Mar, lanzándola a unos metros del camino.

El granjero corrió tras la moneda mientras nos montábamos en el carro y salíamos aprisa. El perro se instaló en la parte de atrás.

Mar esbozó una sonrisa.

—¿De qué te ríes? —le pregunté.

—De la cara que habrá puesto ese tacaño cuando descubra que lo que he arrojado es un botón oxidado. La moneda la conservé en la otra mano.

Mar y yo nos reímos, a Inés no le hizo ninguna gracia. Marqués comenzó a ladrar, y de repente, Antonio saltó desde una roca a la paja del carro. Mar, alertado por los ladridos, reaccionó rápidamente: me dio las riendas, desenvainó su espada y apuntó con él al traidor, justo a tiempo para que no sacase su pistola.

—Antonio —exclamó Mar con el arma en la mano.

—Buenas noches, capitán —respondió, mucho más respetuoso que de costumbre.

—Bájate del carro —ordenó.

—Nunca fuiste un buen capitán. ¿Qué me vas a hacer? Te conozco, no tienes agallas para matarme.

Mar le pinchó en el estómago haciéndole retroceder hasta el borde del carro.

—Tienes razón —aseguró Mar—, no quiero matarte, no soy un asesino —Y terminando la frase, le clavó la espada en el pie.

Cuando el pirata agachó las manos hacia la herida, Mar le asestó un fuerte puñetazo en la mandíbula que le tiró del carro.

Tomó de nuevo las riendas.

—¿Adónde nos dirigimos? —pregunté.

—Debemos de salir de la isla. Hay un embarcadero en un poblado cercano —contestó mientras azuzaba al carro, que marchaba cada vez más rápido.

—Sí, pero... a ese embarcadero se va por el sendero que has dejado a la derecha —le corregí.

—Estoy seguro que era por aquí —insistió Mar.

—Yo apostaría que no —añadí mientras indicaba con la mano—. ¿Por qué no me haces caso?

—¿Por qué soy el capitán? —preguntó irónicamente.

En mitad de nuestro galopar, el camino torció de forma abrupta, apareciendo un acantilado. Gritamos de pavor mientras dábamos un brusco giro, que nos impulsó a una desigual bajada en la que los caballos apenas se mantenían en pie. Mar intentaba controlar a los corceles que no podían frenar por la marcada pendiente. Las rocas golpeaban el carro en nuestra desenfrenada marcha: sorteamos árboles y precipicios. Finalmente, tras unos momentos eternos, llegamos a una playa donde el carro encalló sus ruedas y volcó, quedando reducido a un puñado de astillas. Los caballos huyeron al verse libres, y nosotros quedamos esparcidos sobre la arena tras alguna que otra voltereta.

Marqués ladró a Mar con tono de reproche.

—¿Os encontráis bien? —preguntó.

Asentimos.

—Que seas capitán no te hace tener mejor orientación que yo —le increpé.

Seguimos a pie hasta un puerto cercano.

Capítulo 11

Mi primer encuentro con el Buitre

Cuando llegamos al puerto, Mar se llevó el dedo a la boca para pedir sigilo.

—Aunque la aldea es pequeña, siempre hay un par de vigilantes en el muelle por la noche. Inés, date un paseo y si te topas con alguien, distráelo hablando. Juan, intenta echar un ojo algún barco pequeño y manejable. Yo intentaré coger a los centinelas por sorpresa. No seré brusco, son pescadores y posiblemente estén dormidos, será fácil encerrarlos en su propia garita.

Los tres nos separamos. El chucho siguió a Mar, que deambulaba entre los pesqueros, sin ver movimiento. Llegó a la caseta de los guardias, no se oía ningún ruido aparte del oleaje. Abrió con sigilo la puerta, y de repente, cayó el cadáver de uno de los guardias. El perro gimió, Mar desenfundó su espada y volvió sobre sus pasos. Entonces, en el silencio de la noche, se oyó a Inés gritando:

—¡Soltadme!

Mar se acercó, en un pequeño pesquero, varios piratas del Buitre retenían a Inés. El contramaestre sostenía un cuchillo a la altura del cuello de la chica.

—¡Entrégate, Demonio de Mar ,o la matamos!

Me acercaba con sigilo cuando aparecieron a mi alrededor varios piratas.

—¡Ya tenemos al otro!

—¡Entrégate, Demonio de Mar! —repetían los piratas mientras me sujetaban.

—¡Está bien! No les hagáis daño —contestó Mar mientras salía a la vista con aparente calma.

Los piratas corrieron hacia él. No sin temor, le despojaron de sus armas y le golpearon hasta que quedó postrado. Marqués intentó defender a su amo, pero se alejó tras el puntapié que le propinó uno de los

marinos.

El contraмаestre se acercó riéndose, dejando ver sus horribles dientes bajo su bigote.

El Arixandro, que así se llamaba el pequeño barco pesquero en el que nos encontrábamos, zarpó. Nos pusieron grilletes en pies y manos. Al amanecer, ya alejados de la costa, llegamos al barco del Buitre, donde el contraмаestre nos condujo hasta su capitán.

—Pasen, mis apreciados invitados. Me presentaré, soy el capitán Robert Zan. Os esperaba —se pavoneó el Buitre con su traje negro y rojo, mientras el contraмаestre le entregaba la espada de Mar—. ¡Qué hermosa espada. Hoy es un gran día: dos damas en mi galeón, la de la empuñadura y la linda doncella de carne y hueso que traéis.

—¿Qué hacemos con el pesquero? —preguntó un pirata.

—Dejadlo a la deriva, tenemos botes más que de sobra —contestó el Buitre—. Atad a los prisioneros a los mástiles.

Un momento más tarde, apareció el jefe de guardia en cubierta. Me levantó la cara con su mano y me miró atentamente.

—Este pillo es Juan de Vega; este otro, creo que es el Demonio de Mar; ella no sé quién es.

—Nos aseguraremos —afirmó el Buitre—: ¡Antonio!

Antonio, cojeando, se abrió paso hasta nuestro lado.

—Sí —confirmó—, es mi antiguo capitán, Juan e Inés, la hija del gobernador de Isla Jardín.

—¡Las cosas no pueden ir mejor! —exclamó el Buitre—. Al capitán le llevaremos vivo, como exigió el gobernador Cariván. Al pillo le mataremos y le daremos su cabeza a usted, después, me daréis la recompensa, tal como acordamos, y para ella: para ella, tengo planes especiales —clamó carcajeando a coro con su tripulación.

—Así sea —corroboró el jefe de guardia.

—¡Dadle una espada a este muchacho! —dijo el Buitre señalándome—. Hoy tengo ganas de divertirme.

—¿Por qué correr el riesgo? Puede hacernos daño —advirtió el

jefe de guardia.

—Yo decidiré en mi barco que es o que no es arriesgado, y desde luego, este maldito mocoso cobarde, no lo es. Además, una persona honrada como vos, debería apreciar este gesto de caballerosidad hacia los prisioneros —el jefe de guardia puso mala cara, a lo que el Buitre respondió—. No se preocupe, dejaré reconocible la cabeza del crío.

La tripulación rio. Me soltaron y me dieron una espada, pesaba mucho para mí, pero intenté sostenerla con coraje. El Buitre, con destreza, sacó la suya, blandiéndola en la mano, mientras que con la otra asió la pistola por el cañón, moviéndola con agilidad.

—¡Cuidado Juan! —me advirtió Mar.

Inés miraba preocupada la situación, mientras intentaba inútilmente librarse de las argollas. El resto de la tripulación se paralizó para ver el espectáculo.

El Buitre, sonriente, se abalanzó sobre mí, chocando nuestras espadas. En el mismo instante en que los aceros chocaron, utilizó su pistola para sujetar mi arma, y lanzó una estocada circular a mi cuerpo. El miedo me hizo reaccionar: salté hacia atrás desenganchando mi espada y esquivando parcialmente la estocada del Buitre, que impactó en mi brazo derecho con un corte limpio, no muy profundo pero preocupante. Retrocedí unos pasos presa del pánico.

Toda la tripulación reía disfrutando del cruel pasatiempo.

El Buitre, paladeando la situación, volvió a acercarse. Intenté ponerme en guardia a pesar de la herida. De nuevo, los aceros chocaron. Hizo un movimiento circular con su espada y me golpeó en la muñeca derecha, haciendo que se me cayera el arma entre las risotadas de la tripulación. Era evidente que el Buitre no sólo quería vencerme, sino burlarse; pero aun así, estaba claro cuál sería el final de la contienda: me iba a matar.

Desarmado, comencé a huir, mientras me seguía pausadamente con una sonrisa en los labios. Algunos piratas me cortaron el paso.

—No le des la satisfacción de matarte, arrójate tú mismo al agua —gritó Mar a pleno pulmón, y añadió—: ¡Ale bato pwason, ale Ajani!

Asentí con la cabeza. El Buitre estaba a punto de alcanzarme. Desesperado, me lancé al agua.

El Buitre torció el morro.

—¡Disparad, malditos! —ordenó.

Una lluvia de plomo cayó sobre las burbujas que había dejado al sumergirme. Los piratas buscaron alguna pista de donde estaba, y aunque alguno creyó verme por un momento, finalmente no encontraron nada.

El Buitre, furioso, se volvió hacia Mar, increpándole:

—Cobarde —Poco a poco, su enfado se tornó en una carcajada alocada compartida por la tripulación—. Parece que vuestro compañero será pasto de los peces.

El jefe de guardia, se paseaba iracundo sin saber dónde ir. Finalmente se dirigió hacia el Buitre:

—Os recuerdo que sin la cabeza de Juan, no hay trato.

—Dije que le mataría, y así ha sido. ¡Vos lo habéis comprobado! —contestó malhumorado.

—Pero, yo no he visto su cadáver.

—¿Acaso creéis que está vivo? Seguramente le dio un disparo y su cuerpo se hundió como una roca, pasa a menudo. Además, aunque no le hubiésemos acertado, nadie herido en un brazo sobrevive en mitad del océano.

—Sigo diciendo que no he visto su cuerpo.

La mirada del Buitre echó chispas, y del carácter amigable que había mostrado con el jefe de guardia tornó a uno mucho más autoritario.

—¡Le he ejecutado, y en la próxima isla que desembarquemos, haréis efectivo el pagaré! Si no lo hacéis, os haré lo mismo que he hecho con él: os cortaré en un brazo, os tiraré en mitad del océano, y os dispararé, para ver si sois capaz de sobrevivir.

—Pero el cuadro...

—Olvida el maldito cuadro, o no saldrás de aquí con vida.

El jefe de guardia asintió con la cabeza.

—Os daré el dinero.

—Bien, mi estimado camarada —la expresión del Buitre volvió a mudar—. Pongamos rumbo al Norte. Allí hay varias islas muy animadas. Podréis hacer efectivo vuestro pagaré. ¡Meted a los dos tortolitos en la mazmorra! Más tarde nos ocuparemos de ellos.

Mar e Inés fueron encadenados en la oscura y húmeda mazmorra del galeote.

Yo no podía aguantar más, necesitaba aire. El plan de Mar era peligroso. Subí a la superficie y aún vi la nave del Buitre, así que, tomé de nuevo aire y me sumergí todo lo que pude.

De nuevo salí a respirar, el barco estaba más lejos. Repetí la misma operación hasta que estuve lo suficientemente alejado del galeote.

Busqué en el horizonte al Arixandro, el pesquero que habíamos abandonado: tardé un rato en localizarlo. Saqué fuerzas de flaqueza y braceé con toda mi alma. Hubo momentos que pensé que no lo conseguiría. El salitre del agua ardía en mi herida.

Finalmente llegué. Me agarré a la cuerda de amarre que caía por estribor y subí a duras penas. Tumbado en cubierta, jadeando y taponándome la herida del brazo perdí el conocimiento.

Capítulo 12

El jefe de guardia debió hacer caso al artista

En la oscura mazmorra del galeote, Inés y Mar seguían encadenados a la pared.

—Mar, ¿Por qué no te fugaste en el puerto?

—¿Cómo dices?

—Bueno, ya sabes... creí que alguien como tú...

—¿Pensaste que te abandonaría? —replicó indignado—. Perdonad que os diga, isenorita!, que el gobernar un barco robado no me hace semejante al Buitre o que cualquier otro de su calaña. Yo no me regocijo haciendo daño a nadie. No todos los marinos somos iguales.

—No quería decir que actúes como el Buitre, yo sólo...

—¡Déjalo! Ya tenemos bastantes contrariedades como para discutir bobadas. Se han hecho con todos mis ahorros y el Amanecer está en el fondo del muelle, pero ahora hay que preocuparse en cómo salir de aquí con vida.

—Tienes razón. No puedo dejar de pensar en ese pobre muchacho, Juan: sé que le apreciabas. Lo siento mucho.

—Yo también. Pero, ¿quién sabe?, quizás pronto nos encontremos con él.

—No me digas eso, sabes que estoy aterrada.

Ambos enmudecieron al escuchar los pasos que se acercaban. Era el Buitre que entró en la sala con gesto amable:

—Capitán Mar, ¿No es así como os suelen llamar? Estas circunstancias tampoco son gratas para mí. Ya sabéis, atacar a otro bucanero, un agremiado, alguien al que estoy hermanado.

—Yo no estoy hermanado con vos.

—¿Ah no? Si no estoy mal informado, tenemos el mismo oficio. Pero os expondré la situación: el gobernador Cariván ha puesto un elevado precio a vuestra cabeza, y cierto es que a mi tripulación y a mí

nos cautiva el dinero. Sin embargo, tengo la sensación de que se me oculta algo. He oído algo de un cuadro robado, quizá si me lo explicáis bien, no os entregue a Cariván. Pensadlo, os salvaríais de la horca y hasta podríais hacer negocio. Soy un hombre razonable.

—Mire capitán Robert, realmente hay algo de alta cuantía detrás de toda esta historia, oro, mucho oro; pero resulta, que tan sólo yo sé llegar hasta él. Podríamos ser socios, si me promete una tercera parte.

—¡Eres un bocazas! —chilló Inés—. No le digas nada. Este infame ha arruinado a mi padre, no tienes derecho.

El Buitre se llevó la mano a su fino bigote.

—¿Una tercera parte? Me parece un precio razonable, pero, ¿de cuánto oro hablamos?

—Muchísimo —aseguró Mar—, la mayor riqueza que hayáis visto jamás.

—¡Cállate! —chillaba desesperada.

—Callaos vos, u os silenciaré con un balazo, me da igual que seas la hija del gobernador Duarte —ordenó el Buitre, encañonando a Inés con una pistola en el entrecejo.

Sus verdes ojos bizquearon y, asustada, enmudeció.

—¡Alto! —le advirtió Mar en ese mismo instante— Si tocas un solo pelo de su cabeza, si le haces el menor rasguño, jamás obtendrás el oro. Sólo yo sé dónde se ubica y te aseguré que si le profieres el mínimo daño, me llevaré el secreto conmigo al infierno.

—Enternecedor, ya imaginaba que teníamos dos tortolitas. ¿Y cómo sé que no me estás embaucando con esto del oro?

—Preguntad al jefe de guardia —respondió Mar—. Él es la mano derecha del gobernador Cariván, seguro que lo sabe. Cuando lo hayáis corroborado, os daré más detalles.

—Espero que la historia sea cierta por vuestro bien. Mantendré una charla con el jefe de guardia, hasta entonces, deleitaros con la travesía —se burló con una extravagante reverencia, y se marchó.

—¿Por qué se lo has contado? —le reprochó Inés.

—¿Tenías una idea mejor?

—No me fío de él. No creo que nos dé la tercera parte del oro.

—¡Claro que no! No nos dará nada, y si consigue el oro, nos matará.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque le he exigido la tercera parte de las ganancias, que es una cantidad muy alta, y no ha regateado. No tiene ningún propósito de darnos nada, y dudo que nos quiera dejar con vida para que podamos testificar contra él: es un sanguinario.

El galeote llegó a un bullicioso puerto. Cumpliendo su palabra, el jefe de guardia salió para hacer efectivo el pagaré, varios piratas le escoltaron. A las pocas horas volvió con el dinero, que el Buitre cogió con alegría.

—Ya tenéis vuestro dinero. Ahora, llevadme de regreso a Isla de Plata.

—Tranquilo, amigo, daremos un pequeño rodeo. Negocios.

—Pero eso no es lo acordado. Si el gobernador Cariván se entera...

—Señor —interrumpió Antonio—, haced caso a este hombre. Es mucho dinero el que nos ofrece Cariván.

—¿Y a ti, quién te ha dado vela en este entierro? —preguntó el Buitre—. La próxima vez que abras tu maldita boca, haré que te lamentos de ello.

—Lo siento, señor.

Cuando ya estaban en alta mar, el Buitre se acercó al jefe de guardia y le pasó el brazo por la espalda en señal de amistad.

—Desde que os vi por primera vez, ¿sabéis lo que tengo ganas de hacer? —preguntó alegre.

—No lo sé —respondió con voz entrecortada el jefe de guardia.

—Desvalijar a un ricachón asqueroso como tú, y tirarlo por la borda —aseguró apuntándole con una pistola.

Le despojó de sus armas excepto la espada, cogió el dinero que llevaba encima y lo lanzó a la tripulación. Los hombres estallaron en vítores. Antonio, que contemplaba la escena, se llevó la mano a la calva y resopló:

—¡Estamos perdiendo mucho dinero!

El Buitre guardó su pistola, desenfundó la espada con la diestra y con la zurda sacó un cuchillo. Miró al jefe de guardia con una sonrisa que le heló el corazón.

—Veamos como luchan los jefes de guardia... ¡Vamos, maldito viejo!

El jefe de guardia, temblando, empuñó su espada y atacó con desesperación. El Buitre lo detuvo con una estocada y le pegó una patada en el vientre. Retrocedió llevándose la mano izquierda al estómago e intentó erguirse con la respiración cortada. El Buitre avanzó e hizo una finta con la espada. El arma del jefe de guardia salió a defenderse, pero el Buitre retrocedió su acero, empujó la espada de su oponente, le clavó el cuchillo en el hombro y, ante el regocijo de la tripulación, le puso el filo de la espada al cuello.

El jefe de guardia lloró:

—Os advierto, he dejado orden de comunicar al gobernador Cariván que vuestro trato se ha vuelto muy hostil en estos últimos días.

—¡Te voy a matar como a un perro sarnoso! —aseguró cambiando la espada por un látigo que le facilitó el contramaestre.

Loco de ira, los ojos del Buitre chisporroteaban mientras hacía bufar el cuero.

—Por favor —gemía el jefe de guardia.

—¡Traidor! —gritó mientras le flagelaba.

—Yo no os he traicionado.

—¿Ah, no? ¿Y por qué diablos no me has hablado del oro?

—El gobernador me ordenó que no dijese nada. Vuestra misión era la de encontrar vivo al Demonio de Mar, y no...

—¿No? Pues mi misión ha cambiado —Pegó un latigazo—. Ahora, mi misión es hacerme con ese oro. Ese cerdo de Cariván me ordenó hacer el trabajo sucio con los barcos de Isla Jardín —El Buitre iba aumentando

su tono de voz según hablaba—, y piensa que mientras él se va a hacer rico en tierra, sin hacer nada, yo viviré eternamente en esta pocilga con olor a brea. ¡Está muy equivocado! Dime todo lo que sepas, si no quieres que te mate ahora mismo.

El jefe de guardia, llorando, miró a su alrededor en busca de ayuda. El resto de piratas se burlaban de él, excepto uno: durante unos segundos, su vista se topó con los anteojos de Miguel, el timonel bajito de pelo rubio rizado, que miraba preocupado la situación.

Un nuevo latigazo hizo que el jefe de guardia se retorciese y, protegiéndose con las manos, las palabras fueron saliendo de su boca.

—El gobernador nunca me habló mucho de ello. Sé que hay un barco llamado Alma de Sevilla, dicen, que lleno de lingotes de oro. Hay unos cuadros donde está dibujado cómo llegar a él. Cariván me mandó capturar vivo al Demonio de Mar y encontrar los retratos que tuviese. Me dijo que, quizás, él supiera donde estaba el barco. No sé nada más, os lo juro.

—¿El Alma de Sevilla? Así que, la historia del oro es verdad —murmuró tocándose el vacío que dejaba su oreja cortada—. ¿Dices que hay unos retratos que indican el camino? Nunca oí nada de eso. ¿Y Cariván creó que el oro aún está allí?

—Me imagino, si no fuese así, no se tomaría tantas molestias.

—Hace años esa historia me costó una oreja —respondió mientras señalaba el vacío—, y muchos años de mi vida. ¿Quién sabe?, quizás ahora...

El Buitre se alejó del jefe de guardia enrollando el látigo.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó el contramaestre.

—No podemos dejar que hable con Cariván, pero prometí que si me contaba lo que sabía, no le mataría. Y sabéis que soy hombre de palabra, ¿verdad, contramaestre?

—Sí, capitán —respondió con su sucia sonrisa.

El jefe de guardia se calmó:

—Gracias, señor Robert, mil gracias.

—No lo puedo matar —prosiguió el Buitre—. ¡Tíradlo por la

borda!, pero vivo, ¿eh?

Le sujetaron entre risas y pasaron unas ásperas cuerdas por sus muñecas. La desesperación le dio fuerzas para zafarse y correr hacia el castillo de popa, donde estaba Miguel, el timonel.

—¡Ayudadme! Hablad con ellos. Vos no... —el contramaestre y otros hombres se abalanzaron sobre él antes de que terminase la frase.

—Parad, dejadle —gritó Miguel.

El Buitre fue hacia el timonel.

—Cállate, patán —voceó—. Si no fuera porque conoces las artes del mar, te tiraríamos a ti también.

Las risas estallaron entre la tripulación. Ataron finalmente al jefe de guardia, le vendaron los ojos con una tela y le empujaron por la borda. Nunca más se supo de él.

El Buitre llevó a un lado al contramaestre:

—Así que, lo de los cuatro pescadores es verdad. Quizás tengamos entre manos un buen negocio, el definitivo. Voy a hablar con nuestros invitados. Que me acompañe el artista.

La puerta de la mazmorra se abrió, y el Buitre apareció acompañado del contramaestre y de Miguel.

—Capitán Mar, parece que somos nuevos socios; pero necesito una prueba de buena voluntad, decidme ¿tenéis alguna pista fiable del oro?

—Por supuesto, la guardo dentro de la bota derecha.

El Buitre, tras tirar de ella, encontró un papel en su interior. Lo abrió y examinó cuidadosamente, y después dijo:

—Os presento a Miguel, es el artista del barco.

El Buitre le extendió el mapa a Miguel.

—¿Artista? —preguntó Inés.

—Sí —respondió Mar—, así llamamos a las personas cultas que conocen las artes de navegación y saben llevar los barcos en un rumbo determinado. Es decir, un cerdo como este, que ha estudiado, pero se

vende por dos monedas.

Miguel le miró furioso, pero el Buitre intervino de inmediato:

—Calma, caballeros. El señor Miguel no está aquí por dinero, lleva dos años con nosotros. Pertenece a la armada española, pero si quiere volver a ver a su mujer e hijas deberá pasar con nosotros otros tres años. Es de buena familia, muy influyente, dicen ofrecieron un buen rescate por él; pero por desgracia no abundan los buenos timoneles entre mis hombres.

—Podéis mirar el mapa todo lo que queráis —aseguró Mar—, pero la localización exacta sólo la sé yo. Si nos hacéis daño, nunca os la desvelaré, lo juro.

—Mirad capitán Mar, yo soy un hombre de palabra, ¿verdad, contraamaestre?

El contraamaestre afirmó con la misma sonrisa que le puso al jefe de guardia.

—Mi tripulación lo sabe, Miguel lo sabe —añadió, mientras el artista hizo un levísimo gesto de negación—. Sólo me interesan los negocios. Estuve muchos años preso, exprimiendo las minas del gobernador Cariván y, allí, aprendí lo que es la disciplina, el rugido del látigo: la gente obedece lo que teme, y así soy yo. Si me ayudáis, no os haré nada, tenéis mi palabra; pero si me mentís, os arrepentiréis de haber nacido.

—¿Y por qué os mandaron a las minas? —preguntó Mar.

—¡Eso no es asunto vuestro! —contestó el Buitre, que salió dando un portazo.

—O quizás sí —masculló Mar.

El contraamaestre también salió de la mazmorra. Miguel, se rezagó para susurrarles:

—Lamento mucho vuestra situación, pero os recomiendo que le digáis al capitán Robert todo lo que sabéis: le he visto hacer las cosas más horribles que puedan imaginarse para sonsacar testimonios. Os lo ruego señorita, no os resistáis.

El barco siguió navegando rumbo al sur.

Capítulo 13

Una isla conocida

Al día siguiente, aún en la mazmorra, la luz de las rendijas indicaba el mediodía cuando oyeron pasos acercándose. El Buitre, Antonio y varios piratas aparecieron. Antonio se acercó cojeando a Mar para soltarle los grilletes.

—Antonio, ¿qué tal va tu pie? —se burló Mar.

—Si por mí fuera, os habría entregado al gobernador Cariván. Me parece una pérdida de dinero no entregaros...

El Buitre se acercó a Antonio y le pegó un fuerte manotazo en la cara.

—La próxima vez que oiga tus opiniones, te doy mi palabra de que te colgaré de los pulgares —le advirtió. Después, terminó él mismo de abrir los grilletes.

Ya en cubierta divisaron una alargada isla boscosa que se extendía ante ellos. El Buitre les acercó un cazo de agua:

—Capitán Mar, creo que nos conviene a los dos colaborar. ¿Ciertamente sois capaz de encontrar el oro?

—Dadlo por seguro, siempre que me llevéis a la isla indicada en el pergamino.

—Nos hallamos justamente donde apunta vuestro manuscrito. El artista ha hecho un buen trabajo. Bajaréis con varios de mis hombres, localizaréis el oro y os daré vuestra tercera parte, ¿entendido? La chica se quedará conmigo para asegurar vuestro regreso.

—¡De ninguna manera! Jamás la dejaría. Sean cuales sean los peligros de esta isla, apuesto a que son menores que el de una bella dama en manos de vuestra tripulación.

—Señor, tenéis mi palabra, y yo soy un hombre de palabra, ¿verdad contra maestre?

El contra maestre sonrió afirmando con su fea cabezota.

—Insisto, capitán Robert, no saldré de aquí sin la muchacha.

—Está bien, estamos entre caballeros —respondió el Buitre conteniendo la rabia—, quiero que tengáis presente que mi propósito es colaborar. ¿Alguna cosa más?

—Querría llevar mis armas, al menos mi espada.

—La verdad es que no os falta razón para pedírmela, ¿quién sabe que os aguarda en una isla tan grande como esta? Pero siento comunicaos que he cogido un especial cariño a vuestra espada de empuñadura de plata: es tan hermosa. De todas maneras, no tenéis nada que temer, mis hombres van armados, os escoltarán.

—Otra cuestión, ¿qué haremos cuando obtengamos el oro? No podemos establecernos en ninguna ciudad: en cuanto nos reconociesen, nos enjuiciarían por piratería.

—De eso no os preocupéis, tengo las espaldas bien cubiertas.

—¿Tenéis algún documento escrito?

—Lo tengo.

—¿Firmado por el gobernador Cariván?

—Sois muy curioso, pero ya os he dicho que tenemos las espaldas cubiertas.

Diez piratas montaron en el bote junto a Mar e Inés y, tras desembarcar en la fina arena, se perdieron entre la vegetación.

El Buitre se acercó a su timonel:

—Espero que todo salga según lo previsto. Situada el galeón junto aquel cabo del fondo.

Los hombres del Buitre abrían camino entre los arbustos envueltos por los sonidos de los pájaros y animales del lugar. Al alcanzar un claro, varios negros, vestidos con taparrabos, huesos en orejas y nariz, y apoyados en lanzas, se acercaron tranquilamente a ellos.

—Son los habitantes de la isla —explicó Mar —, por lo que se dice, son muy hospitalarios. Yo conozco algo de su dialecto.

Uno de los hombres del Buitre sacó su pistola y encañonó a Mar.

—Pregúntale dónde está el oro, o te pego un tiro.

Mar se acercó al que parecía el cabecilla intentando saludar en su dialecto; pero antes de que terminara la frase, el isleño le había golpeado con el palo de su lanza en la cabeza.

Mar cayó al suelo del impacto. Los piratas se alarmaron y uno de ellos, tomando la iniciativa, se adelantó pistola en mano.

—Matémoslos y vayamos por el oro.

Cuando el pirata apuntó al indígena, aparecieron decenas de ellos entre la vegetación amenazando con sus lanzas de puntas blancas.

Los piratas fueron desarmados y obligados a seguir el rumbo marcado por la tribu.

Pronto llegaron a un pequeño poblado. Su jefe era un tipo fuerte, la oscuridad de su piel contrastaba con su camisa blanca. Alarmados por los gruñidos, varios isleños acudieron con mosquetes en sus manos. El jefe se encaminó a Mar y le cogió entre sus brazos.

—Amigo Mar, Amigo Mar —clamó con su extraño acento— ¿Tú estar bien, amigo Mar?

—¿Ajani? —respondió Mar abriendo los ojos— ¿Por qué me han golpeado?

—Perdona a mi amigo Kurupa, no te reconoció; para él todos los blancos tenéis la cara igual. ¿Estos son amigos tuyos?

—No, todo lo contrario. Siento haberlos traído, pero mi situación era desesperada.

—No preocuparte, Mar, nosotros en deuda contigo. Tú liberar a mi pueblo. Ahora, nosotros ayudarte: custodiaremos a hombres malos. Ajani hablará con ellos, para que por su bien cambien. ¡Y si no cambian, nos los comeremos!

Los piratas palidecieron al escucharlo.

—Ajani, tengo que ir al otro lado de la isla con esa mujer, y necesito provisiones.

—Problema ninguno, amigo, la comida de Ajani es comida tuya. Bonita mujer, pregunta si quiere ser nueva mujer de Ajani.

—Pregúntaselo tú.

Ambos rieron mientras se daban la mano en señal de afecto. Ajani dio órdenes de liberar a Inés, que buscó cobijo junto a Mar.

—¿De qué conoces a esta gente?

—Hace años hicimos un viaje en común. Te presento a su jefe Ajani.

—¿Tú quieres ser la mujer de Ajani? —preguntó el isleño.

Inés negó con la cabeza.

Tras una pequeña conversación, los isleños trajeron provisiones, y mis amigos partieron acompañados por Ajani y un par de sus hombres.

—¿Crees que en esta isla está el oro? —preguntó Inés.

—¿Oro? Aquí no hay una mota de oro.

—Y entonces, ¿qué hacemos aquí? ¿Cómo vamos a salir de la isla?

—Todo está previsto..., si sale bien. Esta isla era uno de los puntos de descanso del Amanecer, y además, está en nuestra ruta. Siempre llevo en mi bota un mapa que guía hasta aquí. Sé que creías que había entregado al Buitre el que esboqué en Isla Jardín, pero ese, jamás se lo entregaría. Juan también conoce este sitio. Cuando hable por última vez con él, le indiqué que saltase del galeón, que nadase hasta el barco pesquero que habíamos abandonado, y que me recogiese aquí. Si aún está vivo, ya habrá llegado al punto de reunión. Como el galeote del Buitre viajaba en dirección contraria, tardé en darle la ubicación de esta isla para que Juan tuviese tiempo para llegar antes que nosotros. La nave del Buitre tardará bastante en rodear la isla, es muy ancha. Con un poco de suerte, ni siquiera nos verán huir.

—No creo que Juan haya sobrevivido.

—Es un chico fuerte: tengo fe en él.

—¿Ajani se comerá a los hombres del Buitre?

—Pregúntaselo a él: ¡Ajani!, la señorita quiere saber si te comerás a esos hombres.

El jefe de la tribu se acercó sonriente.

—Ajani vivió en Francia y España. Ajani no come gente. Los blancos pensar que los negros comemos gente; pero señora, yo no hablar en serio de comer hombres. Yo decir para amedrentar a hombres blancos. Ellos deben seguir nuestras leyes, o serán castigados.

La maraña boscosa llegaba hasta una gran playa de arena blanca. Al ver el barco pesquero, soltaron un grito de alegría.

—¡Te dije que nos reuniríamos con él! —rió Mar.

Mar corrió hasta una pequeña caseta fortificada de madera a los límites del bosque y golpeó la puerta:

—¡Ábreme! Soy el amo de Marqués.

Al oírles, abrí la puerta y les saludé con un efusivo abrazo.

—¡Me alegro de veros!

—Y yo de saber de ti, —respondió Mar riéndose— ¿Qué tal tus heridas?

—Bien, no son profundas. Me las he vendado.

Los isleños me saludaron con regocijo.

—Amigo Juan, tienes más altura —aseguró Ajani gesticulando—. Cuando conocerte en el Amanecer, tú sólo niño. Este hombre salvó la vida a mi pueblo.

Sacamos armas de la caseta y un saquete lleno de instrumentos de navegación. Los portadores colmaron el barco de provisiones. Antes de zarpar, Mar le dio la mano a cada uno de ellos, cuando le tocó el turno a Ajani se despidió:

—Siento haberos enredado en esto, pero no veía otra salida. Ese hombre asesinó a mi padre y no quería...

—No preocupar Mar. Yo soy Ajani, el que gana la lucha. Mi pueblo está preparado por si vienen más hombres. Y a los que trajiste: tenemos viudas que necesitan nuevos maridos, ellas saber controlarlos bien. Que Dios os guie a buen destino.

Los isleños empujaron el pesquero hasta que no tocó fondo y se despidieron de nuevo moviendo las manos.

—No sabía que el Buitre hubiera matado a tu padre —dijo Inés.

—Yo tampoco —añadí.

—Eso es porque no os lo había dicho.

Tras guiñarnos un ojo, se quitó el cinturón, desmontó la hebilla, metió el dedo en la oquedad que creaba el rollo de cuero y extrajo un manuscrito.

—Aquí está el auténtico mapa.

Sacó una brújula y una especie de cruz de tres brazos con la que miró al sol y al horizonte. Consultó varias veces el escrito y, tras marcar el rumbo, me ordenó sujetar el timón.

Ya al mando de la nave les observé, acurrucados y agotados: hacían buena pareja.

El Buitre mandó llamar a su conrtramaestre.

—¡Infórmame!

—Todo va según lo predijisteis, señor: un barco pesquero ha zarpado.

—¡Bien! Este Demonio ha pensado que es el único que conoce el lenguaje criollo. Todo el mundo sabía que el Amanecer repostaba en esta asquerosa isla, dicen que está plagada de caníbales.

—Pero, ¿por qué os arriesgáis a dejarles marchar, señor?

—Nunca nos habría revelado la ubicación del Alma de Sevilla. Nos habría mareado con pistas falsas. Sólo siguiéndole, podremos localizar el oro.

—¿Y por qué dejasteis ir también a la chica?

—No habría partido sin ella, es un majadero —el Buitre observaba la espada de Mar mientras hablaba.

—Tenéis razón, señor.

—¡Claro que la tengo! Con ese barcucho no podrán dejarnos atrás. ¡Apagad todas las luces! Intentaremos seguirlos sin que nos vean. ¡Ah! Y que hoy no beba la tripulación ni se toque música —Después se acercó hasta el artista y tendiéndole el catalejo, señaló al pesquero con el dedo—. Deseo con todas mis fuerzas seguir el rumbo de ese maldito

barco, más te vale que no lo perdamos. Si nos burlan, no sólo te mataré, sino que te juro por todos los diablos que buscaré a tu mujer y tus hijas para hacerme un chaleco con sus pellejos.

Miguel, el artista, asintió con la cabeza.

Capítulo 14

Cuevas, perros y espectros

Navegamos un par de días por aguas revueltas, el clima se iba tornando más frío. Al anochecer del tercer día estalló una gran tormenta que zarandeó al barco. Las olas nos subían hasta el cielo, para precipitarnos con un gran chapoteo. Me até junto a Inés por miedo a caer al agua, y en ese presidió, gritamos aterrados en cada descenso. Mar que se había atado junto al timón, intentaba sortear las olas para que ninguna rompiera sobre la cubierta. Desde lo alto de una gran ola, me pareció vislumbrar a lo lejos la silueta de un barco, pero fue tan fugaz que creí que eran imaginaciones mías.

Tras unas interminables horas, la turbulencia mermó. Cuando al fin aparecieron las estrellas, Mar las estudió con sus artilugios para confirmar el rumbo.

—La latitud es la correcta —repetía—, pero es difícil estimar en que longitud está la isla.

Navegamos varios días oteando el horizonte, sin rastro de cualquier otro barco, hasta que una tarde grité:

—¡Tierra a la vista!

Bordeamos una isla montañosa de frondoso bosque hasta que divisamos, encallados y comidos por la vegetación, los restos del Alma de Sevilla. Del gran buque sólo quedaba la mitad; partido por su centro, el agua cubría gran parte de las bodegas.

—Lo hemos encontrado —grité.

—Jamás lo habría imaginado así —respondió Inés—, es enorme y lleno de hiervas.

Mar, que se limitó a sonreír, no acercó el barco por miedo a encallar en la costa rocosa, así que, atracamos en una playa cercana de arena nacarada. En un claro cercano a la playa, encontramos un esqueleto que aún conservaba un harapiendo mandil bordado con la estrella de Santiago.

—¡El cuarto pescador! Lleva el mismo delantal que vestía en el

retrato —exclamó Inés.

—Enterraré el cadáver —dijo Mar.

—Perdóname, Mar —añadió Inés—, por un momento no recordé que son los restos de tu abuelo, pero piensa que lleva aquí desde hace muchos años...

—No buscaré el oro hasta enterrarle; pero si quieres, puedes adelantarte.

Mar bajó un cucharón del Arixandro y cavó un agujero en la arena. Tras enterrar al esqueleto, juntó dos palos en forma de cruz, los puso encima de la tumba y murmuró una oración.

Inés, que se había acercado al Alma de Sevilla, pronto regresó con las manos vacías.

—¿Has visto el oro? —preguntó Mar.

—No he podido ni entrar en el barco. Habrá que esperar a que baje la marea.

—Echaré un vistazo.

Intentamos acercarnos a los restos del buque entre las rocas, pero el oleaje era tan fuerte que nos tuvimos que retirar. Llegamos a ver el interior de la embarcación que, con algunos arbustos, parecían dar continuidad al bosque en mitad del agua.

—Si el oro está aún dentro, lo tendremos que trasladar en... —planificaba Mar.

—¡Allí, a lo lejos! El galeote del Buitre —le interrumpí.

—¡Otra vez él! No tenemos provisiones para partir.

—Además, su barco es más rápido —nos recordó Inés.

—Esconderemos el pesquero entre las rocas.

Corrimos hasta el barco. Sin tiempo para izar las velas, Mar y yo usamos los remos auxiliares. Lentamente conseguimos llevarlo tras unas rocas.

—Estás rocas —aseguró Mar— disimularan el barco, pero no

impedirá que lo encuentren si desembarcan.

—El galeote ya está cerca de la playa —el advertí.

—Habrán visto los restos del Alma de Sevilla —contestó— desembarcarán y más vale que no nos encuentren. Tenemos que ocultarnos: bordearemos las rocas y huiremos montaña arriba.

Ejecutar el plan no fue tarea fácil. Tras abandonar el barco, tuvimos que mojarnos y trepar entre las rocas hasta llegar a un sendero que ascendía a la cima.

—¡Ahí hay una cueva!— señaló Inés.

—Podemos escondernos en ella —sugirió Mar.

La cueva era muy profunda. Utilizamos nuestras espadas para cortar ramas y arbustos con la que disimulamos la entrada. Ya desde dentro, escuchamos a los hombres del Buitre.

—Esta cueva es muy amplia —observó Mar—. En caso de ser descubiertos, podemos escapar por sus pasillos.

—¿Qué es eso? —preguntó Inés.

—¡Ladridos! —respondió Mar—. Los perros nos encontrarán por el olfato.

En silencio, escuchamos voces cercanas.

—Profundicemos en la cueva —sugirió Mar.

No había terminado la frase, cuando un enorme perro negro emergió entre los matorrales y le mordió en la manga izquierda. Instintivamente, sacó la pistola y le disparó en la cabeza. El estruendo resonó por la cueva.

—Por allí —gritaron los piratas alarmados por el estruendo.

El murmullo de la muchedumbre y nuevos ladridos sonaron cada vez más cerca.

—¡Vamos! Con suerte habrá otra salida —nos apuró Mar perdiéndose en la oscuridad.

Inés le siguió, así que hice lo mismo tanteando con los brazos.

Oí unos ladridos cercanos y distinguí dos ojos rojos en la oscuridad, por su altura adiviné el gran tamaño del segundo perro, que ya nos alcanzaba gruñendo. Inés y yo disparamos al unísono sobre el animal, que cayó estruendosamente.

—¡Tened cuidado! —advirtió Mar—. Casi me voláis la cabeza.

—Oigo otro perro —indicó Inés.

Durante un momento se hizo el silencio. Mar, que se había adentrado, nos advirtió:

—Hay un agujero en el suelo. Si descendemos por él, los perros no podrán seguirnos.

—¿Cómo es de profundo? —pregunté.

—Braza y media más o menos. Hay una pequeña grieta por donde entra el sol. Nos colgaremos de los brazos para acortar la distancia hasta el suelo.

Mar fue el primero en saltar y, después, nos ayudó a bajar. Encontramos un ancho pasillo que conducía a un pequeño precipicio de unas dos brazas de altura. En un lado de la pared había una grieta vertical por la que pasaba algunos rayos de sol y agua de mar que creaba una laguna bajo el precipicio.

Pensando en cómo descender, un golpe brusco a nuestra espalda nos sobresaltó. Era un gran perro marrón, que tras recuperarse de la caída, embistió rabioso hacia nosotros.

Mar desenvainó la espada y fue a su encuentro. La fiera, al ver que se encaraba, saltó sobre él y chocó contra su pecho. La fuerza del impacto desequilibró a Mar que cayó por el precipicio junto con el perro.

Tras la zambullida, Mar salió desorientado a tomar aire, y nadó hacia la orilla rocosa del otro lado del acantilado. Cuando hizo pie, avanzó hasta que el agua sólo le llegaba a la rodilla. El perro también emergió y, nadando, persiguió a su presa. En cuanto pudo, volvió a arremeter contra Mar, que al haber perdido la espada, azuzaba al perro con el mango de la pistola.

Con un rápido movimiento, el perro mordió la pistola, y con fuertes sacudidas la echó a un lado y saltó sobre Mar. De nuevo rodaron por el agua, momento de confusión que aprovechó Mar para atrapar con todas sus fuerzas las mandíbulas de la bestia. Sujetándolo con dificultad levantó los ojos, y sorprendido, lo vio. El sol que pasaba por la grieta iluminaba una figura fantasmagórica que le contemplaba con ojos

hundidos. Mar, estremecido, gritó de miedo.

Alarmados reparamos en él.

—Esa cara —aseguró Inés— la he visto antes. ¡Es el hombre del cuadro...! No puede ser, le hemos enterrado.

—El fantasma del cuarto pescador —exclamé echándome las manos a la cabeza.

—Habéis venido a robar mi oro —clamó la figura con voz metálica.

—¡Ayúdame! —le pidió Mar sujetando la boca del perro—. He perdido mi espada en el agua.

—¿Y por qué habría de socorrer a un fullero como tú?

—Porque soy tu único nieto.

—Yo no tengo nietos.

—Soy tu nieto: he visto tu retrato más de mil veces.

—Te confundes de hombre, muchacho.

—¡Tú eres Mario! El pescador que vino a esta isla con Joaquín, Marcos y Honotorio Cariván. Yo también me llamo Mario, en honor a mi abuelo.

—¡No puede ser! Mi mujer murió...

—Murió al poco de nacer tu hijo, mi padre. ¡Ayúdame! Este bicho tiene mucha fuerza y no sé cuánto aguantare.

—¿Cómo sé que eso es cierto?

—¿Esperas que te traiga mi registro de nacimiento? Tendrás que creerme.

—Pues no te creo —clamó el viejo, amenazándole con un palo.

—¡Espera! —gritó Mar—. El viejo Joaquín me cuenta muchas cosas sobre ti, me dijo...

—Joaquín, ¿aún vive? Está bien, te ayudaré: aunque sigo sin

fiarme.

Cuando el viejo se acercó, Mar vio que no era ningún fantasma, sino su abuelo de carne y hueso, asalvajado y con una avanzada edad.

El viejo se quitó una larga tela que hacía las veces de cinturón, y la ató alrededor de la boca del perro. Después, lo echó a un lado con un palo.

—Prefiero no matar al chucho, quizás me haga compañía. Aquí estoy muy solo. ¡Jamás sospeché que tuviera un nieto!

—Pues yo siempre sospeché que tenía un abuelo —bromeó Mar aliviado.

El viejo sonrió:

—¡Estoy muy fatigado! —Después, nos miró a Inés y a mí—. Y ellos, ¿quiénes son?

—Ella es Inés, la nieta de Arturo, el pescador que viajó contigo.

—¡Arturo, menudo pillo era Arturo! —rio el viejo.

—Y él, es mi amigo Juan.

—Está bien —dijo el náufrago mientras tosía—. ¡Bajad de ahí! Debemos escondernos en la cueva de arriba. Por lo que he visto, hay muchos hombres que os buscan, y no parece que traigan buenas intenciones.

Capítulo 15

La expedición al Alma de Sevilla

El Buitre escudriñaba con su catalejo la isla cuando el contramaestre se acercó:

—Mi capitán, no podemos entrar a lo que queda del Alma de Sevilla. Tendremos que esperar a que baje la marea.

—¡No pienso esperar un maldito instante para hacerme con el oro!

El Buitre desembarcó y anduvo hasta el litoral rocoso en el que se encallaba los restos del Alma de Sevilla.

—¡Tú, flaco! Eres de los pocos que saben nadar: entra en el barco y busca el oro —ordenó señalando con el dedo a un pirata delgado que llevaba un pañuelo en la cabeza.

—Pero, señor, no...

El Buitre le apuntó con su pistola y el pirata se adentró entre las rocas. Las olas rompían con furia y, finalmente, una de ellas arrastró al pirata golpeándole con un saliente. El marino salió del agua a duras penas agarrándose a un peñasco.

—¡Mil diablos! —gritó el Buitre llevándose las manos a la cabeza.

Y tomando asiento en una roca, rompió a reír:

—¿Dónde va a ir el maldito oro? Esperaremos.

Al anochecer la marea había bajado, las olas ya no golpeaban y los piratas pudieron atravesar el litoral con el agua cubriéndoles las rodillas. Entraron en el Alma de Sevilla por el boquete central. Sus candiles iluminaban la densa vegetación que había crecido dentro. Los arbustos se enroscaban alrededor de los esqueletos de los antiguos marinos, que todavía conservaban cascos, arcabuces y otros objetos carcomidos.

Inspeccionaban cada recoveco en busca de oro: una mesa mohosa, unos estantes llenos de hongos, cofres con ropa roída y barriles

repletos de algas.

Entre las algas que cubrían el suelo, descubrieron una trampilla que descendía a las bodegas. El Buitre tomó la iniciativa, las escaleras estaban llenas de plantas babosas que hacían necesario prestar atención a cada escalón para no resbalar. Un par de cuartas de agua cubrían el fondo del barco, en ellas, bancos de pececillos y un pulpo huyeron alertados por el candil.

El Buitre exploró la planta baja, algunos hombres se le unieron, según avanzaban el agua cubría más, llegando a mojarles la cintura. Llegaron a una pequeña sala roja con una puerta de madera atrancada por la arena acumulada.

—Tirad la puerta abajo.

Varios piratas acudieron a la llamada, uno de ellos, moreno, grandote y de pelo rapado, trajo un hacha con la que atravesó repetidamente la puerta hasta hacer un agujero lo tan grande como para que pasara una persona.

El pirata delgado con pañuelo a la cabeza, penetró por el agujero y le pasaron un candil. El Buitre se impacientó.

—¡Dinos! ¿Qué hay ahí?

—Hay una docena de cofres apilados y alguna moneda de oro en el suelo.

La euforia reinó entre los hombres. El Buitre, no pudo esperar, y tras dar el mismo varios hachazos, entró por el agujero.

—¡El hacha, necesito el hacha! —gritó por el boquete—. Los cofres están cerrados.

Le entregaron la herramienta con urgencia. La tosca cerradura del primer cofre cedió ante el hacha. Al abrirlo, lo encontró lleno de agua y arena.

—¡Diablos, mil diablos! —blasfemó hundiendo sus manos en la arena del interior. Al no encontrar nada, estampó el cofre contra el agua del suelo.

Repitió la operación cofre tras cofre, aumentando el enfado como único resultado.

Los rugidos del Buitre resonaron por los restos de la embarcación.

—Capitán —llamó el atónito el marino del pañuelo.

El Buitre le hizo callar con un gesto, desenfundó su pistola y de nuevo le apuntó:

—¡Vete, vete de aquí! Quiero estar sólo.

El pirata salió aprisa por el agujero, y el Buitre disparó contra la pared.

Capítulo 16

Explicaciones familiares

Acompañamos al viejo por un pasillo de roca, hasta una cavidad amplia con una mesa, una silla y varios armarios señoriales, que seguramente había sacado del barco. Pequeñas aperturas dejaban pasar la luz del atardecer.

—Sólo poseo una silla —se disculpó el viejo—. Señorita —añadió haciendo un ademán hacia Inés.

—No estoy cansada —contestó Inés, observando el aspecto del viejo—. Siéntese usted.

—Está bien, me sentaré —suspiró el viejo antes de toser. Cuando se calmó, retomamos la conversación—. ¿Así que tengo un nieto? Sabes, poco a poco, te voy creyendo: quizás sea la necesidad de creer que tiene un viejo como yo. Tienes un aire a mí, cuando tenía tu edad. En los armarios encontraréis carne en salazón y aguamiel... Y cuéntame, cómo fue todo, porque mi mujer murió, según me dijo el marino que naufragó.

—Un marino, ¿no sería el que estaba en la playa? Porque le he enterrado pensando que eras tú.

—¡Válgame Dios! ¿Le habéis enterrado después de tantos años? —El viejo rio hasta que de nuevo un ataque de tos le interrumpió—. Bueno, cuéntame lo de mi mujer.

—Yo sé poco al respecto —respondió Mar, que ya había empezado a morder el salazón—. Mi abuela murió al poco de nacer mi padre. Él fue criado por el viejo gobernador Joaquín. Cuando creció se convirtió en maestro de esgrima: dio clases de espada a las personas más notables de la zona.

—¡Sabía que te conocía! —exclamó Inés sorprendida—. Eres el hijo del maestro de esgrima de mi padre. He jugado contigo cuando eras niño. Pero, ¿por qué no me lo dijiste?

—Desde que el Buitre merodea por estas aguas, intento no hacer alarde de mi identidad. Si me hubiera reconocido en su galeote, me habría matado.

—Claro, el Buitre asesinó a tu padre a la salida de mi casa.

—Sí: abuelo, a mi padre lo mató el mismo pirata que nos persigue.

—¡Qué dices! ¿Ahí fuera está él rufián que ha matado a mi hijo? Esto no lo dejaré así, le voy a...

—Calma, abuelo, no es tan sencillo. Dispone de muchos hombres, no podemos enfrentarnos a ellos. Hace años, el Buitre intentó sonsacar la ubicación del oro a mi padre: la gente sabía que tenía que ver algo con el asunto, pero él nunca llegó a saber dónde estaba esta isla. El Buitre le disparó, yo lo vi. Mi padre, con su último aliento, le cortó la oreja izquierda para defenderme.

—¡Pobre hijo mío! ¿Qué culpa tendríais vosotros de que encontrásemos el oro?

—Cuando murió mi padre nos instalamos en Isla de Fuego. Mi madre enfermó, nunca fue la misma desde que murió mi padre. El hijo de uno de tus compañeros de viaje me cuidó como a sus propios hijos. Fue el viejo señor Joaquín, tu compañero de viaje, el que me desveló la historia del oro.

El anciano escuchó toda la historia con lágrimas en los ojos.

—Estoy muy orgulloso de tener un nieto como tú. ¡Cómo he ansiado salir de aquí...! Partimos un día de lluvia. En la peor de las tormentas, caí al agua. Luché contra las olas y desfallecí. Desperté en una cala al otro lado de la isla. No sé cuánto tiempo estuve dormido, pero fue demasiado: vi a nuestro barco alejarse en el horizonte. Encontré pisadas y señas por toda la isla, por lo que deduje que me buscaron.

El viejo rompió a llorar y toser. Mar pasó el brazo sobre el hombro de su abuelo.

—¿Estás bien?

—Los años no pasan en balde para nadie. Y tú, Mario, ¿cómo has encontrado este sitio?

—Tus tres vecinos hicieron una carta marítima de su viaje y mandaron barcos en tu busca.

—Aquí sólo llegó una persona medio ahogada—admitió el viejo—. Una víctima más de las grandes tormentas de por aquí. Apenas podía hablar cuando le recogí. Le pregunté por mi mujer y supe que ella había fallecido. Yo no sabía que estuviera embarazada a mi partida,

seguramente me lo ocultó para que no me preocupara durante el viaje. Como tiritaba, le puse mi mandil. Al poco, murió, no pude hacer nada por él. Sin ánimo para enterrarle, lloré la muerte de mi esposa.

Capítulo 17

¡Rebelión!

Al anochecer los hombres del Buitre se reunieron en cubierta.

—¿Cómo es posible que no los encontréis?

—Señor —respondió un pirata—, hemos buscado por toda la isla, esperado al pie del pesquero y gritado voces de negociación, pero nada. Quizás tuvieran otra embarcación.

—¡Les habríamos visto zarpar! —rebatía todavía más enfadado—. Y si no fuese porque necesito hombres, te garantizo que te pegaba un tiro por patán.

—Pero, señor, hemos mirado hasta en los árboles y no... —insistió el pirata.

El Buitre le disparó en el pecho sin mediar palabra.

—¡Esperaremos aquí! Antes o después saldrán de su escondite —zanjó antes de meterse en su camarote con el contraamaestre.

Estudiaban las cartas de navegación, cuando se abrió la puerta de golpe y Antonio entró seguido por tres hombres. El Buitre les miró con rabia:

—¡Volved al trabajo, pandilla de holgazanes!

—Veréis capitán —explicó Antonio—. Lo he discutido con la tripulación, y creemos que dejar escapar a Mar ha sido un descuido muy grave. Ahora, no cobraremos la recompensa.

—¡Maldito perro sarnoso! —gruñó el Buitre, y añadió desenfundando su espada—. Te voy a enseñar a discutirme.

Los tres hombres que apoyaban a Antonio sacaron sus pistolas y el Buitre se detuvo.

—¡Está bien! —cedió el Buitre con amabilidad—. Quizás haya estado demasiado... brusco. Atenderé vuestros razonamientos y os compensaré. ¡Contraamaestre, procurad la recompensa a estos hombres!

Al oír la frase, el conrmaestre sacó dos pistolas. Dos de los piratas reaccionaron haciendo fuego sobre él, pero él no se quedó atrás y también hizo fuego sobre ellos. En un instante los dos piratas cayeron al suelo, mientras el conrmaestre quedaba malherido con una bala en el costado. El Buitre, hecho un rayo, aprovechó el desconcierto para sacar su pistola y hacer fuego sobre el tercer pirata.

Antonio, al verse solo, saltó sobre el Buitre con su cuchillo. Pero el Buitre detuvo la estocada con su pistola y, tras desenfundar su espada con la zurda, le atravesó a la altura de la tripa. Las miradas de ambos se cruzaron: la de Antonio, petrificada y perdida; la del Buitre, burlona y despiadada.

El Buitre desclavó su acero, dejando que el cuerpo de Antonio se derrumbara, y se acercó a la puerta del camarote donde la tripulación se agolpaba para ver qué había sucedido.

—¡No debisteis enviar a nuestros compadres a la isla de los caníbales! Sabíais que no regresarían —gritó el pirata flacucho con pañuelo en la cabeza.

—¡Antonio tiene razón, nos habéis hecho perder un importante dinero! —aseguró otro.

El resto de piratas alentaban las afirmaciones.

El Buitre se limitó a berrear:

—¡El primero que se acerque a mí, le enviaré al infierno con vuestro estimado Antonio y sus aliados!

Y abriendo del todo la puerta del camarote les mostró los cadáveres de sus antiguos compañeros. La tripulación enmudeció con el macabro hallazgo, sigilo que aprovechó el Buitre para hacerse de nuevo con las riendas del asunto:

—El que tenga algo que objetar, que lo haga ahora.

Los marinos, sin poder sostener la centelleante mirada del Buitre, quedaron petrificados.

—Respecto al Demonio de Mar y su amiga, les agarraremos mañana. Esta isla no es lo bastante grande para ocultarse a la luz del sol. Los conduciremos ante Cariván, y él nos dispensará la recompensa, os lo juro.

Los hombres volvieron a sus quehaceres y el Buitre ayudó a levantarse al contramaestre.

Capítulo 18

Qué pasó cuando decidimos cómo salir de la isla

Mar e Inés compartían turno de guardia en un mirador en lo alto de la cueva.

—Mar, quiero pedirte disculpas. Cuando oí lo que le decías a tu abuelo, comprendí lo equivocada que estaba contigo. Lamento haberte comparado con el Buitre. Pensé que eras un pirata, un, un...

—¿Un demonio de mar?

—Sí... ¡No! Bueno, no sé... Creí que el oro me pertenecía, pero ahora ya no sé si pertenece a la corona española, a tu abuelo o a ti.

—No te inquietes, si lo encontramos y el Buitre no se lo queda, te daré una décima parte: tal como acordé con tu padre; aunque antes, debemos hablar con mi abuelo.

—Pero, aparte del oro, lo que te quería decir es que... tenías razón al no quererme traer. ¡Te apresaron por mi culpa! Si no fuese por mí, no estarías atrapado en esta isla con los hombres del Buitre pisándote los talones. Lo lamento.

Inés no pudo contener las lágrimas, y Mar le pasó el brazo sobre el hombro intentando tranquilizarla:

—Está bien. No pasa nada.

—Mar, ¿qué vas a hacer si salimos con bien de la isla?

—Dependerá del dinero que gane —respondió sonriente.

—Quiero decir: ¿Te apetecería quedarte en Isla Jardín?

—Depende de cómo me lo pidas —susurró aproximando su cabeza aún más a Inés, que le correspondió con un suave besó en los labios—. Creo que Isla Jardín sería un buen sitio para afincarme.

Sonrieron.

Una detonación lejana llamó su atención.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó ella cambiando el gesto.

—Probablemente han volado el pesquero, y quieren que lo sepamos. El Buitre pretende convencernos para que nos entreguemos, pero si lo hacemos, nos matará.

—Y ahora, ¿cómo saldremos de la isla?

—Sólo se me ocurre una manera: hacernos con el barco.

—Estás loco, no podremos ni acercarnos sin que nos vean.

—Si nos quedamos escondidos en las cuevas y no nos ven, se irán, dejándonos atrapados en esta isla, y aunque la compañía es muy grata —añadió guiñando un ojo—, dudo que pasar toda la vida aquí, sea lo que deseamos.

Mar besó de nuevo a Inés, descendieron hasta nosotros, que aún no dormíamos, y expusieron sus ideas.

—¡Es muy arriesgado! —advirtió el viejo—, pero si aspiramos a salir de aquí, dudo que haya otra forma. Esta isla parece lejos de cualquier región conocida, y las tormentas hacen imposible navegar con un bote de fabricación propia.

—Quizás les podamos coger por sorpresa, mientras buscan el oro. Abuelo, Joaquín me dijo que dejaron gran parte aquí, y si nadie ha salido desde entonces de la isla... debe de estar aún.

—¡Ah! Sí que lo está. Lo he escondido en las grietas de la cueva. ¿Queréis echarle un ojo?

A todos se nos alegró la cara.

—¡Un momento! —objetó Mar— Oídme, no nos dejemos cegar por el oro, lo importante es que los hombres del Buitre no den con nosotros. El oro no nos sacará de aquí; pero si conseguimos el mando del barco, negociaremos con ellos para que algunos hombres nos acerquen el oro, a cambio de provisiones.

—Para plantar cara a esos rufianes —intervino el viejo—, debemos salir de aquí: esta cueva es una ratonera.

—Abuelo, ¿tienes algún arma?

—Sólo tengo algunas espadas oxidadas que encontré en el Alma

de Sevilla.

—Bien, mañana nos armaremos, recogeremos agua y comida e iremos hacia el barco. Si bajan a buscarnos, quizás descuiden la nave.

—Será difícil alcanzar el barco sin que nos vean —opiné.

—Ya lo he pensado, y si alguien tiene una idea mejor, es el momento de exponerla.

Nadie dijo nada, así que, antes del amanecer, hicimos lo previsto. Nos armamos como pudimos, cogimos algo de comida y agua, y avanzamos con el máximo sigilo hacia la playa. A una distancia prudente del barco, nos escondimos tras unos matojos.

Estuvimos un buen rato inmóviles hasta que oímos jaleo a bordo. Miré entre las hierbas para ver como los hombres del Buitre montaban en barcas y se acercaban a la orilla.

—¡Debemos mantener el más profundo sigilo! —indicó Mar.

Poco a poco, los piratas llegaron a la orilla y se extendieron por la isla. Al rato, algunos desfilaron por delante de nosotros. Mi corazón, y creo que el de los demás, se aceleró como nunca. Los crujidos de la vegetación se oían por todas partes. El tiempo que transcurrió hasta que se alejaron fue interminable.

De nuevo se acercaron las pisadas. Todos guardamos silencio, hasta que el anciano rompió a toser. Nos llevamos la mano a la boca indicándole silencio y él nos tranquilizó con un gesto. Cuando giré la cara, un trabuco me apuntaba.

No tardaron mucho en maniatarnos y llevarnos a la playa, donde estaba el contramaestre con un sucio y sangriento vendaje en el costado. Al poco, apareció el Buitre bramando:

—¡Mis queridos amigos! ¿Cómo estáis? ¿Y quién es este viejo...? No importa. Me traicionasteis, aun cuando yo cumplí mi parte del maldito trato. Haré que os arrepintáis de haberme conocido.

—¡Tú mataste a mi hijo! —gritó el viejo, rojo de ira— ¡Jamás te entregaré el oro!

El viejo intentó golpear al Buitre, pero los marinos le sujetaron.

—¡No...! —murmuró Mar llevándose las manos a la cabeza.

Al Buitre le cambió la cara al oír mencionar el preciado metal.

—¿Oro?, oro, ioro! —exclamó mientras reía— Así que al fin, hay oro.

Tras una rugiente carcajada, el Buitre sacó su pistola y se la puso entre los ojos al viejo.

—No diré nada, ¡asesino!

—No sé quién era tu hijo, pero no me importa —bramó—. Me dirás todo lo que yo quiera, de eso estoy seguro. Subidlos a la jaula.

A empujones, nos llevaron al galeote y nos introdujeron en una pequeña jaula de barrotes oxidados, apenas cabíamos los cuatro dentro. Ataron una cuerda a la jaula y nos tiraron al mar.

Nos sumergimos, y cuando creía que me iban a estallar los pulmones, tiraron de la cuerda sacando parte de la jaula a flote. Esta vez tosíamos los cuatro.

—¿Dónde está el maldito oro? —repetía el Buitre—. ¿No hay contestación? ¡Bajadles de nuevo!

Nos dieron un nuevo remojón. Cuando asomamos, el viejo estaba azul y no paraba de toser.

—¡Parad por Dios! —gritó entre tos y tos—. Nos vais a ahogar. No aguantaré otra zambullida.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —le recordó el Buitre.

—Deles el oro —propuse.

—Lo haré.

—Abuelo, si se lo das, nos matarán —objetó Mar.

—Si no se lo doy, me ahogaré.

Mientras el resto permanecimos en la jaula, el anciano les guio hasta los pasillos de la cueva, metió la mano en una grieta y sacó un lingote.

Viaje tras viaje, el barco se llenó de oro.

Esa noche, los piratas bailaron y bebieron en cubierta al son de

un violín. Algunos deambulaban con los lingotes, agasajándolos con sonoros besos.

Capítulo 19

Cómo me convierto en un hombre del Buitre

Al amanecer, el Buitre y el contramaestre se abrieron paso entre los piratas que dormían resacosos. Vinieron a nuestra jaula pistolas en mano y, amenazándonos si no guardábamos sigilo, abrieron la puerta y se llevaron al viejo al camarote del capitán.

Al rato, el Buitre emergió de nuevo a cubierta.

—¡Despertad todos! —gritó golpeando con su pistola una jarra metálica—. Venid.

Mar se interesó por el anciano, pero el Buitre ni le miró.

Los marinos se fueron concentrando alrededor, preguntándose qué ocurriría.

—¡Escuchad! —prosiguió—. He estado charlando con el viejo, y me ha confesado que hay más oro.

Los piratas vocearon con alegría.

—Esa es la buena nueva, la mala es que el oro está desperdigado por la isla. El naufragio del Alma de Sevilla, hizo que las monedas se dispersaran por la costa.

La tripulación se lamentó.

—¿Y qué haremos? —preguntó un pirata.

—¿Pues qué podemos hacer? Bajaremos y rebuscaremos. Todo lo que hallemos hoy, nos lo llevaremos. No gastaremos más de un día en buscar: Manos a la obra.

Casi todos los piratas bajaron en barcas a la isla.

El Buitre y su contramaestre congregaron en cubierta a los marinos que quedaban. Todos acudieron, excepto el artista, cuyos pies estaban sujetos por grilletes al timón. Los dos malvados carcajearon, y sacaron pistolas en ambas manos.

—¡Levad el ancla! —ordenaron.

Los marinos miraron con suspicacia, pero obedecieron. Entre varios movieron la polea que elevaba el ancla. Cuando lo consiguieron, el Buitre prosiguió con su plan:

—Ahora, ¡al agua!

—No saltarem... —intentó replicar un marino, pero la pistola del Buitre fue rápida y certera.

El resto, viendo la suerte que correrían, saltaron al agua con palabras malsonantes.

—¿Pero, estáis locos? —gritó el artista—. Este barco precisa al menos diez personas para gobernarlo.

—¡Cierra la boca, maldito necio! Soy el capitán, y sé de sobra cómo gobernar mi barco— añadió el Buitre mientras guiñaba el ojo al contraмаestre.

El contraмаestre sonrió y guardó sus pistolas, momento que aprovechó el Buitre para apuntarle entre los ojos con la pistola que aún tenía cargada. El miedo y el desengaño se reflejaron en la cara del pirata. El Buitre disparó y el cuerpo del contraмаestre se desplomó sobre la cubierta.

—Lo lamento socio —farfulló el Buitre—. Es mucho oro y, antes o después, tú habrías hecho lo mismo conmigo... ¡O quizás no! Bueno, bueno. Artista, pon rumbo sureste: a tierra firme.

—¿Me mataréis a mí también cuando lleguemos?— preguntó Miguel.

—No, amigo, tú no quieres oro. Esta gentuza no lo merecía, se intentaron amotinar, así que, si me sacas de aquí te regalaré un lingote y tu ansiada libertad. Por fin podrás ver a tu mujer y tus hijas, ¿eh?

En la arena los piratas se agolpaban chillando desesperados al vernos partir. El Buitre vigiló que no se aproximara ningún bote al barco, arrojó los cadáveres por la borda y se fue a su camarote. Retornó con el viejo maniatado, se acercó a la jaula y sacó las llaves de su bolsillo con una mano; con la otra, nos apuntaba con la pistola. Hizo pasar al viejo dentro y volvió a cerrar. Guardó de nuevo las llaves en su bolsillo y fue a dar indicaciones al artista.

Pasó un largo día, en el que el Buitre no nos suministró ni comida

ni bebida. Tan sólo llevó algunos víveres al artista.

Mar pretendió abrir la cerradura a hurtadillas, pero fue inútil.

—Nos quiere matar de sed —se lamentaba el viejo mientras tosía—. Aún tengo el gazonate lleno de salitre.

El Buitre se movía en cubierta con viveza, tratando de suplir a toda una tripulación. Mientras, nuestra situación era cada vez más penosa y nuestro futuro más incierto.

Una de las veces que el Buitre descendió a la bodega, el artista, tras un silbido de alerta, nos arrojó un gran trozo de pan empapado en agua, que aunque apenas nos calmó la sed, consiguió salvarnos del desfallecimiento.

A la mañana siguiente oí una fuerte disputa entre el artista y el Buitre.

—¡Si no bordeamos la tormenta, el barco sucumbirá! —chillaba el artista.

—Ya, y si la bordeamos, los barcos españoles nos avistarán con toda seguridad. Eso es lo que tú querías, no me creas tan necio.

—No podemos escondernos en la tormenta, y menos sin tripulación. ¡Será una muerte segura!

—Si viras el maldito rumbo —garantizó el Buitre mientras sacaba la pistola—, para ti también será una muerte segura. Respecto a lo de la tripulación, veré que puedo hacer.

El Buitre se acercó a la jaula con su mayor cortesía:

—Parecéis sedientos ¿os apetecería un trago de agua fresca?

Le miramos sin ánimo de responderle.

—¡Hagamos las cosas fáciles! Voy a abrir la jaula, y quiero que salga el chico. El resto no os mováis.

De nuevo llevó su mano al bolsillo y sacó las llaves, mientras que con la diestra sujetaba la pistola. Abrió la puerta y me invitó a salir; lo hice como pude, pues tenía entumecido todo mi cuerpo de estar afinado y sin moverme.

—Siéntate —indicó mientras cerraba la jaula—. Os traeré agua y

comida. ¡Ah!, y no hagas bobadas.

Al poco apareció con unos panes mohosos y un cubo de madera, del que sacó un cazo lleno de agua. Cuando me saqué, se lo intenté pasar a Inés, pero el Buitre me detuvo:

—¡Espera! Dejaré que tus amigos se refresquen, pero recuerda que a partir de ahora, la vida de ellos depende de tu trabajo, ¿entiendes?

Afirmé con la cabeza. Él sonrió e hizo un gesto indicando que les podía pasar la bebida. Así lo hice, y ellos se abalanzaron sobre el agua. Después cogí un pellizco de pan y compartí el resto. El Buitre se acomodó tan cerca de mí que pude oler el alcohol que, junto a la mugre, afluía por cada poro de su piel.

—El agua esta buena, pero yo prefiero el whisky o el ron ¿quieres? —ofreció mostrándome una pequeña botella que sacó del interior de su casaca. Moví la cabeza negativamente—. Eso está bien. Siempre he respetado a los hombres que no beben. Yo tomaré un trago. No lo olvides, ahora somos socios. ¡Mira, sólo quiero el oro! Si deseas que todo vaya bien, no tienes más que obedecerme. Todo el mundo sabe que soy un hombre de palabra. ¿Verdad...? —Guardó unos instantes de silencio.

Nos pusimos en pie. El Buitre me daba todo tipo de órdenes: que si tirase de tal cuerda, que atase esta otra, que moviera unos palos... Yo las ejecuté lo mejor que podía, pues eran tareas duras.

El cielo se oscureció en pleno día, el viento arreciaba cada vez más empujando a la lluvia, y las olas crecieron por instantes. No tardaron en brillar los relámpagos, que daban la sensación de irnos a caer encima de un momento a otro.

Afanado en mi trabajo, pasé cerca del artista.

—Cuidado con ese, muchacho —me susurró.

Le habría respondido, pero el Buitre me ordenaba bajar junto a él.

Estaba recogiendo una vela, estirando de su cuerda mayor, cuando una violenta ráfaga me hizo soltar la soga quemándome las manos. La vela impactó con estruendo sobre la trasera.

—¿Qué haces, maldito patán? —clamó el Buitre mientras venía corriendo.

—Lo siento —me disculpé.

—Ahora lo sentirás más.

Sacó la pistola del cinto y me apuntó con ella. Me agazapé, esperando el castigo, pero él giró el arma y disparó contra la jaula.

—¡No! —aúlle, mientras corría hacia mis camaradas.

Cuando llegué, vi que el disparo había impactado en el pobre viejo.

—¡Abuelo! —gemía Mar, el viejo expiró en sus brazos.

—Lo siento... —me disculpé.

Mar me aferró de la mano con firmeza y me repitió:

—No es culpa tuya, Juan, no es culpa tuya —Cuando me calmé, se acercó a mí, y susurró—. En cuanto se descuide, juégasela: quítale las llaves o la pistola y haz lo que tengas que hacer. Si alcanzamos tierra, somos hombres muertos.

—Juan, tenemos tarea —bramó el Buitre, cargando de nuevo la pistola—. Y ya sabes lo que pasará si te descuidas.

Trabajamos sin descanso recogiendo las velas, pero el viento y el oleaje eran demasiado fuertes. Llegó un momento en el que casi no podía mantenerme en pie.

La jaula seguía atada con firmeza a uno de los mástiles. En su interior mis amigos se bamboleaban de un lado a otro.

—¡Debéis plegar la vela mayor! —nos advirtió el artista— o la ventisca volcará la embarcación.

—¡Tiene razón! —confirmó el Buitre—. Juan, trepa y pliega la vela en el penol.

El barco zozobraba con furia, miré al palo mayor, subir era un suicido. El miedo me paralizó.

—¡Te he dicho que subas! —se reafirmó el Buitre.

Intenté obedecer, pero mis piernas no respondían. El Buitre sacó la pistola, y de nuevo, apunto a la jaula.

—Sabes lo que haré si no subes —me amenazo.

Tragué saliva y comencé a escalar. Pronto la zozobra no me permitió continuar y me limité a intentar no caer.

—¡Sube muchacho! —gritaba el Buitre.

—No puedo. Lo intento, pero no puedo —aseguré absorto en el precipicio de agua oscura que el bamboleo del barco dejaba bajo mis pies.

—Maldito mocososo, cuando esto termine, te azotaré hasta que revientes. ¡Sube, sube...! Maldita sea mi fortuna, tendré que ir yo.

El Buitre ascendió furioso por la cuerda paralela a la mía. Al llegar a mi altura, alargó su brazo para darme cachetes mientras gritaba:

—¡Maldito niño! Te juro que lo pagarás. Te voy a... ¡Ahhh! —chilló mientras caía tras la sacudida de una voluminosa ola.

Impactó en cubierta con un golpe seco y, mirando hacia abajo, le vi desvanecido.

—Juan, coge las llaves —apremió Mar.

Temblando, descendí fijando cada mano y pie antes de mover el siguiente. Salvando los balanceos me acerqué al cuerpo del Buitre. Me detuve a unos pasos de él, tomé aliento y busqué con urgencia la llave en su bolsillo. Me puse en pie, pero el tambaleo me derrumbó. Intenté incorporarme, algo me atenazaba: era el Buitre, que aturdido me agarraba el pie. Lanzó un terrible mamporro contra mi cabeza, pero antes de que me impactara, arrojé la llave hacia la jaula. Cayó demasiado apartada, y cuando Mar alargó el brazo intentando cogerla, el balanceo la alejó aún más.

—¡Mil diablos! Ahora te enseñaré lo que es bueno —gritó el Buitre golpeándome.

Mientras intentaba refugiarme de los puñetazos, el tambaleo cambió de lado y la llave llegó a las manos de Mar que, tras introducirla en la cerradura casi en el mismo instante, salió a cubierta como huiría un animal enjaulado.

El Buitre me dejó y, maldiciendo, sacó la pistola. No le fue fácil apuntar por el fuerte balanceo, aun así, disparó y Mar cayó a un lado. Yo me quedé aturdido por un gran dolor de cabeza.

Inés salió de la jaula tambaleándose. El Buitre blandió su sable, y con grandes zancadas se acercó a la chica. Ella retrocedió y cogió un palo que servía de herramienta a los marinos. El Buitre, con una sonrisa en los labios, lanzó un par de estocadas a Inés, que las paró a duras penas. El Buitre atacó de nuevo con todas sus fuerzas y, del impacto, Inés cayó cerca de la borda. El malvado avanzó hacia ella y, levantando la espada, lanzó el golpe final.

Mar, con un quemazo en la mejilla, desvió el acero del Buitre blandiendo una pala. La espada pasó tan cerca de Inés, que rasgó parte de su vestido. Un segundo palazo fue parado por el sable del Buitre, tras ello, se enzarzaron en un entrechocar de armas. Mar, arremetía con fuerza, pero la pala era más torpe que el sable de su contrincante.

Desde el suelo observé la situación haciéndome consciente del peligro de mis amigos y, a duras penas, me levanté.

El Buitre cogió su pistola por el cañón con su mano izquierda, y enganchó con ella la pala. Mar tuvo que soltarla para esquivar un tremendo espadazo y retrocedió unos pasos.

—Despídete, Demonio —le advirtió el infame.

—¡Mar, toma! —grité acercándole su espada.

Asió el mango plateado y desenfundó dejando la vaina en mis manos.

—Aléjate —me advirtió— ¿Reconoces esta espada, Buitre? Con ella terminaré la tarea que empezó mi padre cuando te cortó la oreja.

—¡Ah...! Me acuerdo de ti —balbuceó frotándose el hueco de su oreja cortada—. Por tu culpa me enviaron a las minas.

Sus armas chocaron de nuevo. El Buitre sujeto la espada de Mar con la pistola. Mi camarada se zafó, pero su contrincante ya había lanzado una estocada que impactó en su hombro izquierdo: la herida no fue seria, pero le hizo retroceder.

—Parece que no eres tan buen luchador como decían los rumores —se burló.

—Las espadas aún no han dicho su última palabra.

El Buitre saltó sobre Mar, que esquivó sus ataques. De nuevo reiteró su ataque con el mango de la pistola, pero Mar hizo un movimiento de recogida hiriendo el antebrazo del Buitre. Tras la siguiente ola, colisionaron de nuevo las espadas, momento que Mar aprovechó, para

golpear con su empuñadura en la cara del Buitre y pegarle una patada en el vientre. El Buitre retrocedió y, antes de poder recomponerse, Inés le golpeó en la cabeza con su palo. El golpe, si bien no consiguió derribarle, le distrajo, momento en el que Mar aprovechó la zozobra del barco para atacar de nuevo. Las espadas, tras chocar, giraron al unísono para quedar confrontadas hacia el suelo. Mar miró la posición de las espadas y sonrió.

—Esta es la única realidad de la lucha... —sentenció mi amigo.

El Buitre se zafó del encontronazo e intentó lanzar una estocada circular al cuello de Mar, pero mi amigo, que parecía tener previsto el movimiento, fue mucho más rápido: le hundió la espada de mango plateado en el corazón antes de que el Buitre pudiera impulsar el ataque, y terminó la frase:

—... que antes o después, alguien acaba derrotándote.

El Buitre cayó de rodillas.

—Maldito Demonio de Mar —murmuró con sangre en la boca—, ahora que el oro era mío.

Y contemplando la escena con los ojos desorbitados, expiró y se derrumbó ante una nueva sacudida del océano.

Mar abrazó a Inés que aún blandía el palo. Me acerqué a ellos, pero cuando les vi besándose, avergonzado, me quedé unos pasos atrás. La tempestad deshizo el beso y ambos se volvieron hacia mí. Mar, pasándome la mano sobre el hombro, aseguró:

—Hoy has demostrado ser un hombre de valor.

Antes de llegar al castillo de popa, un brutal sonido llamó nuestra atención: un rayo había caído en el palo mayor partiéndolo en dos. Parte de la arbolada del barco se desplomó vencida por los maderos sueltos.

Mar empuñó la pala y corrió hacia el artista, que asustado se tapó la cara. Mar, sin prestarle atención, dio un fuerte palazo sobre la cadena liberándolo.

—Gracias —musitó aliviado el artista—. Me temo que en estos últimos tiempos había olvidado lo que es la camaradería. Santo Dios, creí que jamás nos libraríamos de ese hombre. Aun así, estamos en serio peligro. Lo primero que debemos de hacer para salvar el barco es anclar la carga, por el nivel de zozobra, sin duda, está suelta. También deberíamos cortar la arboladura que no podamos recoger, no hace sino

dar fuerza al viento.

Bajamos a la bodega, donde los lingotes y la carga suelta golpeaban las paredes al ritmo del oleaje. Los golpes, ya habían dañado el casco: el agua nos inundaba de forma alarmante. Mar corrió a contárselo al artista:

—¡Hacemos aguas!

—¿Aguas? ¿Podéis reparar los boquetes?

—Yo no sé hacerlo...

—Sujetad el timón, veré que puedo hacer.

La tempestad jugó con el galeote mientras el artista cortaba velas e intentaba sofocar las fugas. Pensé que el barco se partiría en dos en aquellas largas horas. Finalmente, el viento descansó y el oleaje se calmó.

Nos juntamos los cuatro tripulantes en torno al timón.

—Esta nave se hunde sin remedio —explicó el artista—, si nos quedamos, nos arrastrará con ella. Aún queda un bote en el barco, parece que no está dañado.

—¿Un bote? —interrumpió Inés— ¡Estamos en mitad del océano! Con un bote no alcanzaremos tierra.

—Es el bote del capitán Robert, tiene una pequeña vela, y si Dios quiere...

—No podemos permanecer aquí —resolvió Mar.

Guardamos silencio hasta que Mar volvió a dar instrucciones:

—Inés, busca toda la comida y bebida que encuentres, Juan te ayudará. Artista, ven conmigo a coger instrumentos de navegación.

Marchamos a cumplir nuestras obligaciones. Mar y el artista entraron en el camarote del Buitre, tras coger los instrumentos necesarios, Mar revolvió el escritorio de la habitación.

—¿Que buscáis? —preguntó el artista.

—Un pacto, correspondencia, despachos... El Buitre me aseguró tener las espaldas bien cubiertas, quizás atesore algún informe de interés,

alguna patente..., no sé.

—¿Documentos? Alguna vez vi a Robert amontonar cosas debajo de su cama.

Mar levantó el mugriento colchón y encontró una caja metálica cerrada. Disparó al candado y encontró un revuelto de papeles que examinó con precipitación. Guardó algunos bajo su ropa y se reunieron con nosotros en la bodega.

—¡Vayámonos! —gritó el artista.

—Pero, ¿el oro? —preguntó Inés—. Mi padre necesita...

—No hay tiempo —apremió el artista—. Si el barco se hunde cerca de nosotros, nos arrastrará. Debemos partir ahora.

—Pero, Mar... —insistió Inés.

—Está bien —cedió Mar—. Quizás necesitemos oro para conseguir una nueva embarcación.

Mar intentó acceder a la parte baja de las bodegas, donde estaba el oro, pero ya estaba abnegada por el agua.

—Toma, Inés, guarda estos papeles —dijo mientras se quitaba la ropa para zambullirse—. Quizás en alguno de ellos se refleje la participación del gobernador Cariván con las fechorías del Buitre.

Mar se sumergió y, tras varios intentos, rescató cinco lingotes.

El barco estaba medio hundido cuando terminamos de cargar el bote con las provisiones, los lingotes, la espada hermana y otros utensilios. Nos alejamos remando. Antes de perder de vista el galeote, pudimos ver como lo engullía el océano.

—En poco tiempo, he visto hundirse dos veces mi dinero —comentó Mar apenado.

Capítulo 20

Cómo concluye nuestra aventura

Corría por verdes praderas hasta un riachuelo, donde intentaba beber y no podía, la garganta me abrasaba. Desperté y abrí los ojos.

Continuábamos en medio de la masa de agua. El sol nos atizaba de pleno con un ardor infernal. Con la cabeza resguardada por trapos y las heridas vendadas, descansábamos extenuados.

Mar, al verme otear, sonrió como pudo. Acerqué la barrica de agua a mis cortados labios ansiando sacar alguna gota, no brotó nada, y la tiré a un lado. Desperté a Inés con el golpe, y ella se levantó haciendo señas. Al principio, no le salía la voz, pero después, gritó:

—Un barco ¡Eh! ¡Aquí!

Los cuatro chillamos con fuerzas renovadas.

Embarcamos en una goleta española donde un amigable capitán salió a recibirnos:

—Bienvenidos a nuestro navío. Habéis tenido suerte, si no fuera por la guerra, dudo que ningún barco surcará estas aguas. ¿Seríais tan amables de indicarme vuestros nombres?

—Me llamo Inés, soy hija del gobernador de Isla Jardín.

—¿Isla Jardín? Eso cae un poco lejos de aquí, pero no temáis, os dejaré en una colonia próxima para que os puedan trasladar a vuestra isla. Y vos, caballeros, ¿quiénes sois?

—Me llamo Miguel Rojas...

—¿Miguel Rojas —interrumpió otro de los marinos—, sois el sobrino del teniente Sebastián Rojas?

—El mismo.

—Llevan meses buscándoos —explicó el capitán—. Vuestro tío se alegrará de veros sano y salvo. ¿Y, vos?

—¿No podríamos olvidar las preguntas con este lingote? —contestó Mar

sacando el metal de un saquete.

El capitán negó con la cabeza:

—¡Detened a estos hombres!

Nos confinaron en una pequeña celda. Me tocó sentarme al lado del artista que estaba indignado:

—Nunca imaginé que mi rescate fuera de este modo. ¡No pagaré por vuestras fechorías! Intentar sobornar a un capitán. Si me hubieseis dejado a mí, ya os he dicho que mi familia es muy influyente.

Mar e Inés se acomodaron en un rincón, demasiado cansados como para discutir.

Un par de semanas después, ya estábamos ante el gobernador de una isla cercana, un tipo canoso y rudo:

—Por la gracia del don Melchor Portocarrero Laso de la Vega, conde de la Monclova y vigésimo tercer virrey del Perú y representante de su excelencia Felipe V de España, declaro a Inés Duarte culpable de los cargos de piratería; a Mario Méndez, culpable de piratería; a Juan de la Vega, culpable de piratería; a Miguel Rojas, culpable de piratería. Como sabéis la piratería está castigada con la horca. Mañana mismo...

—Señoría —interrumpió un soldado.

—No me molestéis ahora —bramó el gobernador—. ¿Por dónde iba? Mañana...

—Pero, señoría ha llegado...

—¡Un momento, señoría! —acometió un elegante caballero de alargado gorro negro y perilla.

—¿Puede saberse quién sois vos?

—Mi nombre es Sebastián Rojas, pertenezco al Real y Supremo Consejo de Indias, y soy tío del aquí presente Miguel Rojas.

—Disculpad, excelencia, no le conocía en persona —se excusó el gobernador—. ¿Qué requiere su merced?

—Señoría, han llegado a mis manos documentos referentes al asunto que estáis tratando, y porto disposiciones claras del propio virrey.

El murmullo presidió la sala.

—¡Silencio! Continué.

—Señoría, el virrey está muy satisfecho con la recuperación de cinco de sus lingotes de oro. Respecto a los acusados, desde el Real Consejo hemos inspeccionado los documentos que han aportado estos caballeros y hemos presumido necesaria nuestra pronta actuación.

—Excelencia, están probados sus actos de piratería, y como sabréis, la Real Cédula nos obliga a colgar o pasar por armas sin disculpas a los piratas.

—Conozco perfectamente la Real Cédula, yo mismo ayude a redactarla; pero dudo que a estos caballeros se les pueda condenar por piratería. ¿En qué hechos se fundamenta tal acusación?

—Robaron un barco.

—Inglés, y que si no mal he oído, practicaba contrabando. Tomar el timón de dicho barco, si bien no es un acto reglamentario, no lo es de piratería ya que está operando fuera de la ley. Además, no se puede juzgar en tiempos de guerra la apropiación de bienes enemigos como un acto de piratería. ¿Algún hecho más?

—Robaron al gobernador Cariván de Isla de Plata golpeando a sus guardias.

—El gobernador Carlos Cariván ha atentado contra los intereses de la Corona Española. Se asoció con el pirata Robert y le instigó a saquear nuestras embarcaciones, por lo que tampoco se puede juzgar a los acusados de ese delito, al no ser el gobernador Cariván una autoridad legítima, sino un conspirador. Debemos de estar agradecidos a los comparecientes por desenmascarar al traidor. ¿Algo más?

—Tenemos otras causas menores: injurias contra el honor, blasfemia pública, falta de respeto a la autoridad, comportamiento impúdico, alteración del orden... ¡Se colaron en un convento disfrazados de monjas! —añadió el gobernador mientras elevaba las cejas del asombro.

—Yo no —aseguró Miguel ante la mirada inquisitoria de su tío.

—¿No cree su excelencia —prosiguió el gobernador— que estos actos en su conjunto pueden ser catalogados de piratería?

—Piratería, quiere saber lo que es la piratería: los mercenarios Británicos no solo nos roban, sino que atacan y reducen a escombros

nuestras ciudades costeras. Algunos de estos... ibucaneros!, son héroes para la corona británica, hasta se les otorgan títulos nobiliarios. Vivimos tiempos de guerra, y el virrey no concibe desperdiciar a caballeros de temple, capaces de limpiar los mares de saqueadores.

—¿Dónde queréis llegar, señor Rojas? —preguntó el gobernador.

—Porto aquí una carta sellada por el virrey con órdenes de expropiar Isla de Plata y compensar los daños originados en Isla Jardín. —Sebastián introdujo la mano en sus elegantes ropajes y extrajo un sobre lacrado—. Carlos Cariván será ajusticiado por traición. La corona explotará lo que quede de sus minas. Por otro lado, como ya he avanzado, el virrey está muy satisfecho con estos caballeros por acabar con el infame pirata Robert y recobrar parte del oro. Me ha ordenado ofrecerles una Patente de Corso. Con esta medida se subsanarían sus delitos menores, siempre y cuando ingresen en la Real Armada al servicio de su majestad. Decidme señores: preferís una patente y unos años en el ejército o cadena perpetua por vuestras continuas negligencias.

—Será un honor servir a la Armada Real —optó Mar con el asentimiento del artista.

—¿Me permitiría su excelencia ver ese escrito?

Sebastián acercó el comunicado al gobernador que lo examinó:

—Está sellado por la Casa Real y rubricado por propio Virrey. Ante esto no tengo potestad. ¡A la vista de los nuevos acontecimientos, dejo en manos de Sebastián Rojas este caso! Ahora sois el responsable de los reos y del resto de los asuntos que surjan de los documentos aportados. Doy por clausurado el juicio.

Sebastián aprobó las palabras con una levísima reverencia.

Cuando salimos del juzgado, Sebastián abrazó a su tío.

—¿Dónde embarcaré? —preguntó Mar.

—Por ahora embarcaréis conmigo. Marcharemos con mis hombres a Isla de Plata. Gobernaréis uno de los barcos embargados a Cariván y estaréis a mi servicio directo.

—¿Acaso tengo otra elección?

—La cárcel.

—Esa no es una opción, pero debo solicitaros un favor.

—Vos diréis.

—El chico, Juan, es demasiado joven para enrolarse en el ejército.

—Hay grumetes más jóvenes que él, pero sea como queráis. Encargaos de dejarle a buen recaudo, no quiero más pícaros en las calles. Entonces, ¿hemos hecho un trato? —preguntó Sebastián avanzando la mano.

—Lo hemos hecho —confirmó Mar sellando el apretón de manos.

Emprendimos el viaje de retorno. Cuando divisamos Isla Coral, Mar pidió acercarse al puerto, donde gritó:

—¡Marqués! ¡Marqués!

Tras esperar, repitió varias veces la llamada. Se oyeron ladridos y Marqués apareció corriendo.

Cuatro días después, atracamos en Isla Jardín, donde el gobernador Arturo salió a recibirnos. Inés se arrojó a sus brazos.

—Hija mía, no he podido dormir pensando en tú suerte.

—Padre, ya no debéis preocuparos por la isla.

—Lo sé, han venido los secretarios del virrey. He recuperado los títulos de propiedad y me han restituido nuestros bienes. Han intentado detener al gobernador Cariván, pero se ha dado a la fuga ¿quién iba a figurarse que él...? Capitán Mario, habéis consumado la promesa de vuestra ayuda.

—Pero no os traigo el oro.

—Pero lo habríais hecho ¡Ah! La espada hermana, siempre sospeché quien erais, pero ahora estoy seguro: sois su dueño, no puede ser empuñada por mejores manos.

Cenamos con el gobernador. A los postres, Mar e Inés dieron un paseo por los jardines de la mansión. Al llegar a uno de los claros, Mar tomó una rama, e hizo movimientos de esgrima.

—En esta llanura, aprendí espada con mi padre.

—Lo sé, nunca olvidé aquellos tiempos.

Inés le miró a los ojos:

—Cuando dijiste que desearías vivir conmigo en Isla Jardín, ¿lo decías de verdad?

—Nunca he hablado más en serio.

—Pues...

—¿Pues?

—Ahora, eres un respetable capitán de la Armada Real.

—Sí, ¿y qué muchacha puede estar tan loca como para enamorarse de un capitán a las puertas de una guerra?

—La misma que fue capaz de enrolarse en un barco pirata.

Inés abrazó a Mar y de nuevo se besaron.

El gobernador Arturo, que no les quitaba ojo desde las ventanas del salón mientras yo liquidaba mi tercer postre, ladeó la cabeza:

—Parece que el capitán Mario ha hecho buenas migas con mi hija —se quejó sumido en su aire de benevolencia.

A los cinco días Inés, vestida de encaje blanco, tomó el brazo de su padre y caminó hacia el altar. La pequeña ermita estaba abarrotada, hasta el propio Ajani, con su impoluta camisa blanca, acudió al evento.

Mar, con su nuevo uniforme de capitán, la aguardaba junto a Julia, la gobernadora de Isla de Fuego. Yo sostenía un cestito con las dos alianzas de boda, y el enjuto sacerdote con el que empecé esta historia formalizó la ceremonia.

Mar lucía su mejor sonrisa, sólo empañada por la rolliza tía de Inés, que cuando le reconoció, le amenazaba con la mano cada vez que cruzaban sus miradas; pero apenas tuvo ocasión, ya que él sólo tuvo ojos para la novia.

Se celebró un banquete en la mansión que impregnó de festejo a toda la aldea. La gran mesa del salón, llena de manjares y regocijo, fue presidida por la panoplia de las dos hermanas gemelas que, al fin, volvieron a descansar juntas.